

LAS RUINAS
- DE
SANCHO EL DIABLO.

LAS RUINAS

DE

SANCHO EL DIABLO.

LAS RUINAS

DE

SANCHO EL DIABLO.

TRADICION POPULAR

PROLOGO
POR

D. Juan de Ariza.



MADRID: — 1848.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA ALONSO.

Salon del Prado, número 8.

LAS RUINAS

DE

SANCHO EL DIABLO.

TRADUCCION DE DON

JOSE

D. Juan de Arana



MADRID:—1872

IMPRENTA DE D. JOSE MARIA ALONSO.

Salon del Pardo, número 8.

PROLOGO.

HABRÉ fatigado varias veces, aunque sin quererlo, la atención de mis benignísimos lectores, presentándoles añejas crónicas; tan perdidas de puro guardadas, que sudé y trasudé muchos días para quitarlas de encima el polvo, y descifrar la letra antigua, enlazada y amarillenta, que sus páginas emborronaba. También he sudado no poco para bosquejar con torpe mano algunos cuadros de costumbres, eterogóneos como la sociedad en que por desgracia vivimos, y aunque he procurado dar la fruta mas sabrosa y mas sazo-

nada, no sé hasta que punto habrá logrado mi asiduo afán y buen deseo, hacerla apetitosa y grata á delicados paladares. Hoy quiero marchar por nueva senda, presentando por garantía á cuantos en ella me sigan, que si es àgrio nuestro camino será muy corta la jornada.

PROLOGO.

II
 Llevaré fatigado varias veces, aunque sin poder-
 lo, la atención de mis peregrinantes lectores, pre-
 sentándoles añejas crónicas; las pérdidas de pu-
 to guardadas, que sube y desborda muchos años
 para quitarlas de encima el polvo, y desvelar la
 letra antigua, entaxada y amañillada, que sus
 páginas emborronaba. También he sudado no po-
 co para buscar con torpe mano algunas can-
 dros de costumbres, etrogónicos como la socie-
 dad en que por fortuna vivimos, y aunque he
 procurado dar la fruta mas sabrosa y mas sazo-

INTRODUCCION.

RECUERDO, y juro que á memoria pocos me aventajan: recuerdo que en 1856, sufrió el mediodía de la Península un calor de 56 grados sobre cero. Las personas acomodadas que habitaban en las capitales y ciudades mas populosas, no consideraron conveniente sufrir el acerbo tormento que dieron á un santo español los fieros sayones romanos, y que los indios aplicaban á sus prisioneros de guerra; y, por no morir achicharrados, se desbandaron por las aldeas, pueblos, granjas y caseríos, que podian hacer mas llevaderos los rigores de la estacion. Yo, que era persona aco-

modada en la época de que voy hablando; en prueba de lo cual afirmo que no era literato aun; tomé mi campamento de verano en *Pinos del Valle*, uno de los mejores pueblos del fértil *Vaile de Lecrin*.

No sé por qué mi pensamiento se fija con tanto placer en los recuerdos de estos dias; no sé por qué no corre mi pluma con su ordinaria rapidez: no sé por qué cruza mi mente mil y mil veces el espacio que de aquel tiempo me separa. ¡Once años han transcurrido, once: y once años dejan en la vida muchas páginas de dolor! Su campo presenta por do quiera huellas de pasadas borrascas: aquí el edificio arruinado; allí el torrente, que se precipita y despeña; mas allá la roca que elaudica ó el árbol que perdió sus ramas. Se escucha el mugido del trueno, el fulgor del rayo nos deslumbra, el huracan nos bambolea. Marchando sobre espinas y escombros, tropezamos y nos herimos: caminamos entre tinieblas, y cuando la luz resplandece es para mostrarnos las heridas y la mucha sangre que nos cuesta tan penoso viage. Quien ha vivido treinta años tiene mucho que recordar.....

¿Pero quién me manda trasladarme al año de la era cristiana 1847? ¿Quién me permite dejar correr mi humor negro y atrabiliario? ¿Porqué he de presentar la escena en la villa y córte de Madrid, cuando tantas presencio en ella, tantas

describo, y tantas tendré que describir, capaces de arrancar suspiros á los mudos lúbios de una estatua, y de poner lágrimas en las pupilas de una hiena? Retrocedo como es debido, á 1856: sepamos lo que entonces era y ahora es el lugar de *Pinos del Valle*; lo que entonces era y ahora no es mi respetabilísima persona.

Pinos del Valle era y es un pueblo escondido en un olivar, ó si mas place á mis lectores un olivar que sirve de guarida á un pueblo, como lo sirve la maleza á un javalí ó un malhechor. A la falda de varios montes, millares de olivos gigantescos alzan sus copas seculares, de un verde oscuro, que la trama (1) hace ceniciento algunas veces, mientras sus troncos carcomidos estienen sus blancas raices á través del valle frondoso. Dos grandes grupos de casas blancas, todas ellas de un solo piso, se pierden entre la espesura; y la veleta, en forma de cruz, de un campanario indica al viajero que se acerca á un pueblo cristiano; mientras varias acequias (2) árabes detienen su paso y le advierten que habitaron allí los moros. Esto era *Pinos* y esto es; algunos olivos mas ó menos, algunas casas menos ó mas: vamos á ver lo que era yo.

(1) La flor del olivo.

(2) Asi se llaman en el pais algunos canales de riego.

Yo era un muchacho mal criado, defecto común á muchos niños; contaba diez y nueve años, circunstancia tambien general á cuantos pasan de diez y ocho sin haber cumplido los veinte: y mi físico... Comprometido es trazar uno su retrato. Prescindamos, pues, de mi físico y prosigamos con mi cuento.

Mi carácter ya era melancólico y ya alegre hasta rayar en la locura; claro oscuro moral, y permítaseme usar la espresion, que asienta tambien á un mancebo como á una muger el pudor. Por lo demás era apacible, fatalista, y tan inclinado al estudio, que me pasaba con los libros diez ó doce horas cada dia.

Con estos defectos, estas dotes, algun dinero, y relaciones un tanto íntimas con varias familias del pais, pasaba la vida en el *Valle*: y confieso que en vez de encontrarlo de lágrimas y de suspiros, lo hallé de risas y de rosas, con perdon sea dicho de la salve.

Al hablar de mis cualidades no apunté la que me dominaba, ser muy blando de corazon, enamorado en otros términos; porque era fácil adivinar, que un jóven de tan cortos años debia serlo de buena fé: pero aclarando mi reticencia, digo: atesoraba mi pecho tan crecida dosis de amor, que no pudiendo contenerlo el corazon de una muger, se lo repartía á tres ó cuatro, segun la ocasion se presentaba. En Pinos fuí mas eco-

nómico, y lo reparti en dos no mas: una de las cuales vivia frente por frente de mi casa, y en el lugar bajo la otra; resultando naturalmente que se hallaba mi corazon alojado en los dos lugares.

Era mi vecina una viuda de veinte y nueve á treinta años; alta, nutrida, de bello rostro, resuelto andar, fácil decir, y con mas mundo que Cristoval Colon dió á España. La del lugar bajo contaba diez y seis floridas primaveras; habia hurtado á la última de ellas un capullo para colocarlo en sus lábios, sirviéndole su dentadura de gotas de cuajado rocío y su talle de airoso tallo, sobre el cual gallardo se mecia. Sus ojos negros y rasgados recordaban la raza mora, y su pie carnosos y pequeño probaba bien ser andaluz. Elisa, así se llamaba, era una una flor, que abre su cáliz virginal en una alborada de estío; y Margarita, nombre de la otra, la misma flor, pero á la caída de la tarde.

Entre estas dos lindas mugeres estaba colocado yo al cumplir los diez y nueve años. Margarita halagaba mi orgullo elevándome á la region de los hombres de mas edad; refrescaba mi corazon Elisa, haciendolo mas niño aun.

Estas dos mugeres me querian como muy pocas veces aman: es verdad que estaban celosas. Unas veces oia sus suspiros con un embeleso extraordinario, otras me enfadaban sus quejas

como la voz de un usurero ofende á quien no le puede pagar. Yo las buscaba y las huía; y la tarde del 26 de julio, cansado de quejas y suspiros, huyendo de ellas emprendí un largo y solitario paseo; causa, fundamento y origen de las entretenidas líneas que á estas líneas deben seguir.

Después de haber dormido siesta y hecho mi ligero tocador; que únicamente consistía en un pantalón de dril blanco, en una chaqueta de lo mismo, un chaleco de piqué anteado, una ligera corbata de hilo, y un fresco sombrero de paja; abandoné mi alojamiento, apoyándome en un recio bastón de encina, de cuatro pies de longitud y una pulgada de diámetro. No eran mis pasos vacilantes, como los de un anciano ó un enfermo, pero sí lentos y compasados; porque marchaba meditabundo, sin saber yo mismo á donde iba ni en qué debía invertir la tarde.

Sin deliberación ni esfuerzo comencé á subir una ágría cuesta; y después de haber caminado una hora larga, me encontré en la cumbre de un alto monte, que á modo de morisca atalaya, dominaba completamente el frondoso *Valle de Lecrin*.

Al pisar la elevada cima rayaba el sol en occidente, y sus tibios rayos doraban las copas de los limoneros, los naranjos y los olivos; entre luz y sombras dibujando las hondas cañadas de las sierras. Mi espíritu se reanimó al blando so-

plo de la brisa, que acariciaba mis cabellos; respiré con esfuerzo y mis ojos hallaron encantos indecibles en un dilatado horizonte.

Grandes motivos de embeleso me presentaba de improviso aquel campestre panorama. *Pinos*, el pueblo que hasta entonces habia yo mirado con desden, se mostraba lleno de encantos. Tendido á mis pies y casi oculto entre sus copudos olivos, ostentaba sus casas blanquísimas sobre un fondo de verde oscuro, y parecian ramos de azahar entre las hojas de un naranjo, ó hinchadas lonas que se pierden en el horizonte de las mares. *Veznar*, un poco mas distante, presentaba sus fragantes buertas de limoneros y naranjos; brindando sazonados frutos entre frutos verdes y flores. *Talará y Dulcar*, se escondian bajo su frondosa arboleda, como una tarifeña se esconde bajo su mantilla andaluza, quedando *Restabar* á la izquierda, como una cabaña de carton en un risco de nacimiento. A la derecha creia ver las playas de *Castil de Ferro*, *Motril*, *Salobreña*, *Almuñecar*, y casi las costas africanas; y al frente *Orjiva*, *Lanjaron*, *Ujijur*, y todos los pueblos del gran valle que forman las vertientes de *Sierra de Lujur*, *Sierra Nevada*, y otros montes, que doblan sus frentes á vista de los dos altivos colosos.

Despues de haberme recreado con tan pintoresco panorama, miré en torno, y ví que me ha-

llaba sobre unas ruinas tan informes, que era imposible conjeturar de qué época eran y á qué edificio habían servido de cimiento. Se componían únicamente de algunos trozos de muralla, descarnados y divididos; de cimientos, en su mayor parte á nivel del suelo y cubiertos de algunas plantas parásitas; de sillares desparramados; de pequeñas moles de argamasa, y de mayor número de ladrillos, ya envueltos en mezcla y ya rotos.

Pretendí en vano adivinar la historia de las pobres ruinas, buscándola en los romanceros que había leído ó en las crónicas que había desempolvado; y no halláudo el menor indicio me senté sobre un tosco sillar, para proseguir deleitándome en la contemplación del paisaje que la suerte me presentaba.

El sol se había ocultado ya: alumbraba solo el crepúsculo, y mientras las sombras subían de lo profundo de los valles conservaba Sierra-Nevada nacarada su altiva frente. A sus nidos corrían las aves, despidiéndose del día que acababa con un especie de gemido: los rebaños se dirigían á sus apriscos y re diles, precedidos de los zagales, por los mayores escoltados, y franqueados por los mastines: las jóvenes subían de las huertas con los canastillos de frutas sobre las cabezas y en las manos frescos ramilletes de flores, y los labradores dejaban

las útiles y gratas tareas de tan benéfica estación.

Con el crepúsculo de la tarde se fué confundiendo lentamente la argentada luz de la luna, y una especie de gasa cenicienta envolvió las sierras y los valles. El crepúsculo se extinguió, y empuñando la reina de la noche su bruñido cetro de marfil, quedaron de plata los apartados horizontes, los lagos y rios de diamante, de esmalte el cielo y las praderas de esmeralda.

El silencio, la suave luz, lo solitario de aquel sitio, y hasta el pavimento de escombros convidaban á meditar y yo me entregué lentamente á profundas meditaciones. Un corazon de diez y nueve años, y meridional al mismo tiempo, encierra tesoros de poesia, que un corazon de treinta años apenas puede comprender: mi corazon era muy rico en estos tesoros y tuve májicos ensueños que hoy se pierden á través del tiempo, como se pierden los objetos tras la neblina matinal.

Cuando estaba mas estasiado, sentí á mi espalda un leve ruido, y al sentirlo me estremecí, como si lo hicieran los espíritus que habitaban aquellas ruinas. Vacilé un instanté entre la curiosidad y el miedo, y venciendo al fin la primera volví el rostro rápidamente para aumentar mi sobresalto.

Entre una endidura, que formaban dos infor-

mes moles de argamasa y á la que daba sombra un considerable resto de muro, tal vez el mayor de las ruinas, brotó, como saliendo de la tierra, una cabeza, que yo creí la de una estátua de alabastro. Momentos despues apareció un medio cuerpo con sus dos brazos, completándose toda la estátua en el espacio de un minuto, y quedando patente á mis ojos una figura de muger sobre su pedestal de escombros.

Desde un principio hubiera apartado la vista de aquel espíritu evocado si me hubiera dejado el terror fuerzas bastantes para hacerlo; pero fascinado, como el pájaro que atrae á sus fauces la culebra; magnetizado, como los que miraban la feroz cabeza de Medusa; seguí devorando al espectro, que descendiendo de su ruinoso pedestal se fué adelantando hácia mí con paso firme y resosado. A los pocos pasos salió de la sombra que le rodeaba, y apareciendo iluminado por un claro rayo de luna, entonces pude contemplar mas distintamente sus formas.

La cabeza que por su singular blancura habia yo creído de alabastro, era una cabeza de anciana ornada de blancos cabellos, y su cuerpo estaba vestido con una falda de hiladillo á rayas azules y amarillas; una almilla de anascote negro, unas medias azules de lana, un pañuelo de algodón de yerbas, y unas alpargatas de cáñamo.

Este era el traje pintoresco y campestre de la nocturna aparición.

Yo no había leído en romance ni oído en cuento, que usaran los aparecidos traje tan humilde y vulgar: pues generalmente eran morazos, envueltos en sus albornoces; caballeros de la edad media bajo bruñidas armaduras; encantadores casi perdidos bajo sus túnicas tálares y gorros en forma de bocina; condenados, arrastrando hierros; fantasmas de blancos sudarios, y duendes, siempre multiformes; pero que no adoptaban nunca formas ni trajes de mujer.

— Casi tranquilo por la virtud de mis grandes conocimientos en la historia de los espíritus, proseguí mirando á la vieja con mas aplomo, y cuando la tuve á mi lado, apenas sentí un ligerísimo espeluzno.

— Muy buenas noches, caballero: me dijo la anciana, sentándose en un sillar próximo al mio.

— Muy buenas se las de Dios á Vd.: la respondí inmediatamente; intercalando la palabra *Dios* esprofeso, para que huyera despavorida si algo tenia de mal espíritu.

— La anciana no hizo ningun movimiento que indicara su afinidad con el arcángel derribado, y prosiguió tranquilamente.

— ¿Ha venido V., caballero á tomar el fresco?

— Sí señora.

—Lo mismo hago yo todas las noches.

—¿V. viene aquí todas las noches?

—Sí señor. Es una costumbre que he seguido durante noventa y un años.

—¿Cuenta V. noventa y un años?

—Cuento ciento y uno: pero tenia diez años cumplidos cuando ampezé a venir á estas ruinas. Y vengo con tanta mas razon quanto que viviendo en aquella casita aislada, que se descubre á mi derecha, me cuesta muy poco trabajo llegar hasta aquí.

La visita diaria de la anciana á las ruinas me infundi6 nuevos recelos, y queriendo desvanecerlos 6 en alguna razon fundarlos, la pregunté:

—¿ Puedo saber por qué razon viene V. aquí todas las noches?

— Por una razon que está enlazada á la historia de estos escombros.

—¿ Tienen una historia estas ruinas?

— Tienen dos, caballero, dos.

—¿ V. las sabrá?

— Sí señor. Mi pobre abuela, que murió de ciento diez años, me las contó repetidas veces; porque se ha constituido mi familia en depositaria de esta verdadera tradicion.

—¿ Y su pobre abuela de V. de quién la supo?

— De su abuela, que murió de ciento veinte años y fué testigo de la última historia.

—¿Y de quién supo la abuela de su abuela de V. la primera historia?

—Se la refirió repetidas veces su abuela, que murió de ciento treinta años, y fué testigo presencial.

Esta familia, dije para mí, debe descender por línea recta de Matusalem, y en esta historia hay mas ancianos que en *El Edipo*; sin otra diferencia que el sexo. Pero no queriendo desperdiciar la buena ocasion de conocer dos tradiciones, dije á la vieja.

—¿Quiere V. contarme esas historias?

—Con mucho gusto, caballero. Bien sabe V. que las ancianas gustamos mucho de contar, y pocas veces tengo ocasion de conversar en este sitio; porque las gentes del pais no se acercan de noche á LAS RUINAS DE SANCHO EL DIABLO.

—¿Llevan estas ruinas ese nombre?

—Ni mas ní menos, caballero. Voy á contar la tradicion.

—¿Que titulo tendrá la primera?

—LAS TRES CINTAS.

—¿Y la segunda?

—EL CAPITAN DE CIEN LANZAS.

—Cuente V. anciana; cuente V.

—Voy á empezar.

La anciana echó una mirada en derredor como si evocara alguna sombra para que animase su

cuento, y comenzó de esta manera la tradición de:

LAS TRES CINTAS.

I.

A mediados del siglo XV reinaba en Granada un rey moro llamado Muley Albo Hazen; este rey moro se prendó de una mora llamada Aixa, tan notable por su hermosura como esclarecida por linaje, pues era de sangre zegrí. Cada día el amor del monarca tomaba incremento, hasta que Aixa partió por noble y por hermosa el trono con Muley Hazen.

Granada estaba á la sazón dividida en dos grandes bandos, que acaudillaban los dos Xeques de las muy poderosas tribus de Abencerrajes y Zegrís; tribus ilustres y guerreras entre las tribus á la par nobles y belicosas de los reinos de Granada y Fez.

Muley Albo Hazen, muy inclinado por razón de estado y afecto á la tribu de los abencerrajes; por dar gusto á su bella esposa, transigia aunque de mal grado, con las exigencias del zegrí.

En la tribu de los gomeles, tribu querida de Albo Hazen y muy adicta á su persona, crecía una mora llamada Zaida, á quien el vulgo conocía por el sobrenombre de LA HURI.

Zaida era hermosa, tan hermosa, que todos los poetas granadinos la ensalzaban en sus cantares; ya comparándola á la palma, que gallardamente cimbreaba en los arenales del desierto; ya diciendo que eran sus ojos dos luceros de la mañana; sus lábios delicados pétalos de una rosa de Alejandría; perlas orientales sus dientes, y sus cabellos trenzas de ébano hábilmente pulimentadas. Qué sé yo cuántas cosas mas decian los romanceros árabes de la belleza de LA HURI.

Zaida contaba á la sazón diez y seis floridas primaveras, que así llaman vates y copleros los años de la juventud; llamando inviernos, y miércoles de ceniza algunos, los de la triste ancianidad.

Diez y seis años contaba Zaida, y por su belleza y discrecion era codiciada y servida por los mas valientes paladines y nobles xeques de todas las tribus de Granada: Aixa misma, siendo tan hermosa, tenia celos de la hermosura de LA HURI.

Muley Albo Hazen tuvo un hijo: este niño se llamó Boabdil, ó *El Rey Chico*, que sucedió á su padre en el trono y fué príncipe tan desgraciado..... pero ocupémonos solamente del nacimiento de Boabdil.

Para festejarlo, Mu'ey Albo Hazen dispuso fiestas en *Bibarrambla*. *Bibarrambla* era una gran plaza, en la que los árabes jugaban cañas, corrian sortijas y se ejercitaban en torneos. Ador-

nóla el rey al intento, y adornaron las principales tribus sus balcones, con estrados de los colores que cada una de ellas usaba.

Al son de dulzainas y añafles entró en la plaza Muley Albo Hazen, acompañado de la reina, y con paso magestuoso se dirigió al régio balcon, que de antemano le esperaba. Las damas de la comitiva ocuparon ricos divanes, y los caballeros de pie manifestaban el respeto que á la magestad se debia y reclamaba la beldad.

Todas las ventanas y balcones se veian ocupados por las damas mas ilustres en nacimiento, y la muchedumbre se apiñaba en los tablados y azoteas.

A una señal de Muley Hazen, se presentaron las cuadrillas; y como no querian ceder ni abencerrages ni zegriés la mas pequeña primacia á rivales que tanto odiaban, el rey de Granada habia dispuesto, que se habilitaran dos puertas en los dos testeros de la plaza, para que los gefes de ambas tribus entraran en ella á la par.

Al frente de los abencerrages marchaba el gallardo Gazul, hermano del xeque de la tribu, y que auaque mozo de veinte y dos años escasos, se habia distinguido mas de una vez midiendo su lanza y su cimitarra cruzando con los adelantados de Andalucía, los donceles de la casa de Enrique IV, y los maestros de Santiago y de Calatrava.

Oprimia el valiente Gazul los lomos de un caballo tigre, nacido en las lomas de Ubeda, aunque descendiente de la Arabia. Llevaba el animoso bruto cubierta de brocado azul bordada de plata, y tascaba un freno del mismo metal. Vestia el bizarro caballero rica túnica y capellar, por mitad azules y blancos, con cifras de perlas y rubíes, en las que se leía este mote: *Eres sol de mi esperanza*: y en la vuelta de su bonete llevaba en letras de diamantes: *De amor es mi alegre causa*. Verde cinalafa le ceñía bonete y cabeza; y en una medalla de esmeralda, que sujetaba una pluma blanca entre dos azules, se leía la cifra siguiente: *Entre dos hay sola un alma*.

Gazul empuñaba un bohordo; y doce jóvenes de su tribu le seguian á corta distancia, sobre caballos tambien tigres, vistiendo los mismos colores aunque con motes diferentes.

Al mismo tiempo, y por la puerta que la prudencia de Muley habia señalado de antemano á la altiva tribu de su esposa, se presentó Azarque, adusto xeque de la tribu de los zegríes, sobre poderoso corcel negro, que mordía freno rutilante y llevaba verdes jaeces sembrados de estrellas de oro. Vestia Azarque poco mas ó menos como Gazul; diferenciándose solamente en el color, verde el de Azarque con precioso recamado de oro; azul y blanco el del abencerraje, con perlas, plata y pedrería.

Un solo mote llevaba el zegrí, bordado en su azul cinalafa, mote rencoroso y sombrío, que dice en letras de amatista: *Tan oscura como clara, y tan cruel como bella*. Seguian á Azarque doce zegríes vistiendo sus mismos colores y sobre caballos tambien negros.

En pos de zegríes y abencerrages aparecieron otras diez cuadrillas, compuestas de aliatares, zulemas, gomeles, y otras nobles tribus: vistiendo distintos colores, montando caballos tordillos, alazanes, blancos y de pieles mas caprichosas.

Apenas los fogosos brutos de Gazul y Azarque pisaron la menuda arena de la liza, cuando aguijados por sus dueños, partieron á toda carrera hácia el estrado de Albo Hazen; pues ninguno de los dos guerreros queria ser el último en saludar al soberano.

La velocidad de los corceles correspondió perfectamente á la impaciencia de sus dueños; y el abencerraje y el zegrí, se pararon al mismo tiempo ante los reyes de Granada.

Una mirada rencorosa dirigió el zegrí á su enemigo, con una mirada de desden respondió á su rival Gazul.

— ¡Oh, qué hermoso viene Gazul! dijo el joven rey á su esposa.

— Qué magnífico viene mi hermano: respondió la reina con dureza: porque Azarque era hermano mayor de la esposa de Muley Albo Hazen.

El abencerrage y el zegrí saludaron profundamente á los monarcas ; y apenas cumplido este deber, tambien los dos al mismo tiempo, fijaron sus ojos radiantes en una hermosísima mora, que á espaldas de la reina estaba ; y esta bella mora tenia por sobrenombre HURI.

Zaida ó LA HURI, que es una misma, respondió al bizarro Gazul con una sonrisa seductora ; pero al encontrarse sus ojos con los del altivo zegrí, los apartó tan bruscamente, como si se hubiera encontrado con la fatídica mirada de un tigre ó un basilisco.

Solo Azarque y Gazul notaron la distinta expresion de Zaida : cambiaron miradas siniestras, y, como no podian por entonces despedazarse ni aun herirse, partieron á escape tendido en encontradas direcciones, para dejar puesto á otras cuadrillas ante el estrado de los reyes.

Minutos no mas los corceles, en un pintoresco desórden, caracoleáron en derredor del ancho palenque, ya á paso lento y compasado, ya al galope y ya á la carrera ; mostrando los bizarros ginetes tanta firmeza y agilidad, que solo las moras de aquel tiempo podrian decirnos cuántos corazones latieron de entusiasmo, celos y amor.

A una señal del soberano dividiéronse las cuadrillas, y en simulacro de batalla arrojábanse los bohordos, como si fueran duras lanzas, y pa-

raban diestros los golpes con sus blanquísimas adargas, que manejaban como escudos.

Dió el rey una nueva señal; confundiéndose las cuadrillas cambió de forma el simulacro, y solo podía percibirse un gran torbellino de plumas, de marlotas y capellares, que confundiendo sus colores semejaban los del arco iris, y competían en lo sentencioso de sus motes o en lo rico de sus bordados.

La mayor parte de los campeones, se arrojaban sus lijeros bohordos con aturdido aire de fiesta: los abencerrajes y zegríes no justaban, se acometían. Confundidos entre el tropel, no se habían encontrado Azarque y el abencerraje su rival: pero al dividirse las cuadrillas, para abandonar el palenque, se encontraron los dos caudillos, y no pudieron resistir al deseo de arrojar sus últimos bohordos, ya que no tenían á mano lanzas ni las cimitarras ceñían.

Por un movimiento instintivo se acometieron á la vez y partieron los dos bohordos con igual ímpetu al mismo tiempo. Gazul paró al instante el golpe, cubriéndose el rostro con la adarga, pero menos diestro el zegrí, no acudió pronto á su defensa, recibió el golpe en el turbante y perdió la verde garzota, que hubieran podido reducir á cenizas los ardientes rayos de sus ojos.

Retiraronse las cuadrillas; tocaron lilies, añafiles, trompas, clarines y dulzainas, y se dis-

pusieron los campeones para disputar la sortija.

Tres corrieron guardando turno, el abencerraje y el zegrí, y las tres alcanzó Gazul; que no estaba el alma del zegrí para ostentar gala y destreza. Sintiólo en el alma el moro Azarque, y mas lo sintió viendo á su enemigo recibir una banda azul, recamada de pedrería, de manos de la reina Aixa, mientras ponía las tres sortijas en manos de la hermosa HURI.

Tres carreras corrieron, despues el zegrí y el abencerraje: no puede decirse que las perdió el ofendido moro Azarque, pero las perdió su corcel: no puede decirse que las ganó el bizarro moro Gazul, pero las ganó su caballo.

Azarque volvía de la *meta* con los lábios ensangrentados cuando recibía su enemigo, de manos de la reina Aixa, una matizada marlota, sembrada de menudas perlas, y cambiaba una dulce sonrisa con la niña hermosa, con la HURI.

Muley Albo Hazen habia dispuesto para término de la fiesta, que los gefes de las cuadrillas rompieran agudos rejonos, presentándose de dos en dos á los toros que irian soltando. Decian de público, que el rey habia mandado reservar el mas bravo toro para el último; y aunque todos los caballeros hubieran querido quebrar sus rejoncillos en la fiera, tuvieron que ceder esta honra al abencerraje y el zegrí.

Buen rejoneador era Gazul, pero segun se murmuraba en los balcones y azoteas mucho tendria que trabajar para poder competir dignamente con el intrépido moro Azarque.

No contaremos de qué modo se portaron los nobles xeques de los Gomeles y Zulemas; tampoco nos ocuparemos de los Audallas, Aliatares y demás bravos campeones: no son héroes de nuestra historia, otro debe ser su cronista.

Sobre dos morcillos cordoveses, hijos de yeguas españolas y de caballos africanos, se presentaron en la arena el abencerraje y el zegrí. Vestían los dos rojas túnicas y capellares de damasco, los dos turbantes tambien rojos; solo diferentes en las plumas, azules las del abencerraje, verde limon las del zegrí. Un toro...

Se interrumpió la anciana, y tomando un instante aliento, comenzó á cantar con voz cascada el siguiente trozo de romance.

En este tiempo la suerte
 A la postrera le llama,
 Porque sale un bravo toro
 Famoso entre la manada:
 No de la orilla del Bétis,
 Ni Genil, ni Guadiana;
 Fué nacido en la ribera
 Del celebrado Jarama:
 Bayo, el color encendido

Y los ojos como brasa,
 Arqueados frente y cuello,
 La frente vellosa y ancha,
 Poco distantes los cuernos,
 Corta pierna y flaca anca,
 Espacioso el fuerte cuello,
 A quien se junta la barba:
 Todos los extremos negros,
 La cola revuelta y larga,
 Duro el lomo, el pecho crespo
 La piel sembrada de manchas:
 Harpado llaman al toro
 Los vaqueros de Jarama,
 Conocido entre los otros
 Por la fiereza y la casta.
 En cuatro brincos se pone
 En la mitad de la plaza,
 Y casi en la blanda arena
 El hendido pié no estampa (1).

Suspendió la anciana su canto, y despues de una breve pausa posiguió del modo siguiente:

•El abencerraje y el zegri se presentaron á la fiera: Azarque, dos veces vencido, quiso en la suerte mas dificeil ganar la palma á su contrario; y en vez de esperar á que el toro le acometiera,

(1) Romancero de Romances moriscos.

se fué á él con mayor ánimo que suerte; pues dando en hueso su rejon, resbaló sin herir á la fiera, y sacando herido su corcel se retiró místico y desarmado. »

La anciana se interrumpió de nuevo para proseguir el romance.

Sale al encuentro Gazul,
 Como si fuera montaña,
 Alzando el brazo en el hombro,
 Vibrando al rejon el hasta:
 Saca el codo junto al pecho,
 Llega el puño, el brazo saca,
 Y picando el fuerte cuello,
 Cuero, carne y vida rasga:
 El fiero toro derriba;
 El suelo mide la espalda,
 Los pies que en la tierra herian,
 Al cielo vuelven las plantas:
 Con el furor natural
 Vuelve á un lado prueba y alza
 La tierra, que el cuerpo herido
 No tiene mas que arrogancia:
 De cuya herida en un punto
 Revuelta en la sangre escapa
 La vida dejando á muchos
 Envidia de tal hazaña (1).

(1) Romancero de Romances Moriscos.

Calló la cantora, suspiró; y prosiguió despues su historia.

«Vencedor el abencerraje en la última y tercera prueba, recorrió la plaza gallardo, llevándose los corazones de las mas hermosas granadinas con su donaire y gentileza: y mientras Azarque sañado cambiaba su herido corcel por un alazan poderoso, recibia el dichoso Gazul una riquísima cadena de manos de la reiuva Aixa, y cambiaba una dulce palabra con la encantadora y bella HURI.

Poco despues todas las cuadrillas se presentaron en la arena: Azarque dirijió á Gazul una mirada de ódio inestinguible, y habiendo saludado ambos á los monarcas granadinos, como lo hicieron á la entrada, salieron por las mismas puertas, orgulloso el abencerraje y ciego de rábia el zegrí.

II.

Muley Albo Hazen rey de Granada, regaló á la reina un palacio el dia de su anhelada boda, al cual dió por nombre *Darlaroca* (Palacio de la Novia) para recordar de este modo tan alagüeña solemnidad. *Darlaroca* se distinguía por sus pintorescos jardines, y á ellos debemos trasladarnos una hora despues del torneo.

Siguiendo una calle de cipreses cuyas copas, entrelazadas forman una bóveda sombría, llegaremos á un bosquecillo de sicomoros y avellanos, en cuyo centro se descubre una rotonda de jazmines. En el interior de esta rotonda encontraremos una niña de catorce á diez y seis años, que se entretiene en deshojar una rosa de Alejandria: y á pocos pasos de la niña veremos una hermosa dama de fiero mirar y frente altiva, que clava sus ojos en un hombre de continente varonil.

Después de haberle contemplado por espacio de algunos segundos, adelanta un paso hácia él, y le dice con voz sonora.

—¿Desde cuándo, Azarque, me ocultas lo que padece tu interior?

—Estoy humillado, hermana mia: respondió el zegrí tristemente.

—¿Y un zegrí cuando se ve humillado que debe hacer?

—Tomar venganza.

—Me has respondido bien, hermano.

—Bien sé que es preciso tomarla, y tú que me conoces, Aixa, comprenderás cuánto deseo que llegue el instante oportuno.

—¿Qué instante?...

—Puede tardar.

—¡Azarque!

—Bien sé, hermana mia, que has dado tu mano á Albo Hazen, á quien no amas ni nunca

amastes, para numillar al abencerraje encumbrando la tribu zegrí; pero tambien sé que el rey de Granada tiene en mucho á nuestros contrarios.

—¿ Los tiene en mucho?

—Y con razon.

—¡ Azarque!

— Los abencerrajes son numerosos y valientes los ama el pueblo granadino; tienen íntima: relaciones con las tribus mas pederosas de nuestro reino, con los caudillos africanos y con el monarca de Fez.

— Los engrandeces.

— Los mido solamente, Aixa: contemplo su altura por su sombra y busco el espacio necesario, para que en el instante de caer no nos abrumen con su peso.

— No te comprendo, hermano mio.

— Me explicaré mas.

— Habla.

— He jurado la ruina de los abencerrajes, pero hoy no puedo aniquilarlos: correrán los años y entonces....

— ¿ Tendrémos que esperar?

— Sí, hermana.

— ¿ Que esperar años?

— Muchos años: y quizás el niño, cuyo nacimiento celebramos, sea quien cumpla nuestra venganza.

—¿Mi hijo ha de ser el vengador?

—Tu hijo.

—Quiéralo Alá.

—No dudes de ello.

La esposa de Muley Hazen y el xeque de la tribu zegrí, guardaron solemne silencio por espacio de algunos minutos, pero al cabo de ellos dijo Aixa:

—No pensemos en lo porvenir y ocupémonos de lo presente. ¿Qué tenias que decirme, Azarque?

—Tenia que decirte.....

—¿Porqué dudas?

—Por que voy á pronunciar un nombre que quema mis lábios al salir.

—¿Su nombre hermano?

—Gazul.

—Gazul.... yo tambien lo aborrezco; y cuando mis manos le daban la banda, la rica marlota, y la circulada cadena, hubiera dado mi juventud, mi trono y hasta mi hermosura, por emparlas en la sangre venenosa de los centauros, para darle el triunfo y la muerte.

—Tienes mi sangre, hermana mia.

—¿Odias mucho á Gazul?

—Muchísimo.

—Pues mávalo.

—Los abencerrajes y las tribus sus aliadas vengarian la muerte de Gazul.

—Rétalo á singular combate.

—¿Quieres que lo rete?

—Si hermano.

—Lo retaré y me matará.

—¡Azarque!

—Qué quieres, Aixa.

—¿Tienes miedo?

—Jamás tuvo miedo un zegri.

—No te comprendo.

—Escucha, hermana, y todo lo comprenderás.

Esta tarde nos arrojamos con ciego furor los bo-
hordos.

—Lo noté, hermano: tu bohordo se detuvo en
la blanca adarga del aber:cerraje, y el suyo te
hechó por tierra la garzota.

—Despues corrimos tres sortijas.

—Alcanzó las tres.

—En las carreras....

—Te aventajó constantemente.

—Soy el mas diestro rejoneador....

—Y Gazul mató al fiero toro.

—Si mido una lanza con Gazul, me traspasa-
rá el corazon.

—¿Pues que quieres, hermano mio?

—Una puerilidad, hermana.

—Habla, Azarque.

—Gazul me ha vencido ante la córte de mi
hermana, yo quisiera atormentarle al menos an-
te la misma córte.

—¿Cómo?

—Esta noche deben reunirse las más bellas damas de tu corte y los más ilustres paladines en los salones de la *Alhambra*.

—Es verdad, hermano; es verdad.

—Para terminar el sarao, los gefes de las doce cuadrillas que han justado en *Bibarrambla* deben bailar bulliciosa zambra con doce beldades granadinas.

—Es cierto.

—Entre las beldades está LA HURI.

Selima, que así se llamaba la niña ocupada en desojar la rosa, arrancó á un tiempo varios pétalos, y prestó atención á lo que hablaban la reina y su hermano: continuando Azarque en estos términos:

—Entre los doce caballeros nos encontramos Gazul y yo.

—Todo lo comprendo.

—¿Lo comprendes?

—Sí, hermano mío; tú quieres danzar con LA HURI.

—Lo has adivinado.

—¿Conoces de qué manera está dispuesto el arreglo de las parejas?

—Me parece que cada dama debe presentar una doble cinta, de la que guardará un extremo, y el caballero que coja el otro será su pareja en la zambra.

—Así está dispuesto.

—Ahora bien...

—Yo he señalado los colores.

—¿Y el de Zaida?...

—Es el carmesí.

—Danzaré con Zaida, hermana mía.

—Danzarás con Zaida, porque tú serás el primero á elegir cinta.

—¿Está así dispuesto?

—Lo estará.

Azarque estrechó cordialmente la pulida mano de su hermana, y se retiró mas satisfecho. Momentos despues Aixa y Selima se alejaban de *Darlaroca* para ir al palacio de la Alhambra.

III.

Muchos y muy ricos palacios de mármol, azul y oro labraron los reyes de Granada, muchos y muy ricos palacios de mármoles, azul y oro poseia el padre de Boabdil. Muchos y muy nobles caballeros albergó en su seno Granada; muchos y muy nobles caballeros seguian al padre de Boabdil. Muchas y muy hermosas damas poblaron las márgenes del *Dauro*; muchas y muy hermosas damas embellecian con sus encantos la córte del padre de Boabdil. Entre los hermosos palacios

descollaba el Real de la *Alhambra*; entre los nobles caballeros el abencerraje Gazul; entre las damas de la corte descollaba tambien LA HURI.

Hubo fiestas en Bibarrambla durante el dia, sarao y zambra debia haber durante la noche en el magnífico palacio del rey de Granada Albo Hazen.

Radiante de luces está el patio de los *Arrayanes*, en cuyo estanque juguetean peces de brillantes colores: radiante de luces está el gran patio de los *Leones*, rico en mármoles y en estucos: radiante de luces está el de los *Naranjos* tambien.

Brillan las marmóreas columnas, como si fueran de cristal; brillan las tazas de las fuentes, como venecianos espejos; y las luces se comunican al través de los estucos calados.

Al blando murmurio de las fuentes se reune el murmurio, aun mas blando, de los cipreses, los rosales, los limoneros y jazmines; los acordes de las dulzainas, añafles, flautas y lilies; el murmullo de dulces pláticas, y el lijero ruido de la danza.

Parecen un áscua de oro el régio salon de *Embajadores*, la sala de *Las dos Hermanas*, tan célebre por las dos losas que la dan nombre y hermocean, y otros cien brillantes salones. ¡Cómo se reflejan las luces en los marmóreos pavimentos, en los simétricos azulejos, en los sim-

bólicos arabescos, y en las bóvedas de oro y azul.

Los palacios de *Las mil y una noches*, los de las *Hadas*, y los de nacar y cristal que habitan las dichas ninfas del Dauro, no pueden compararse al palacio del noble padre de Boabdil.

¿Pero que vale el edificio comparándolo con las damas de ardiente mirar y ojos negros que pueblan aquel régio harem? ¡Cuán hermosas están, cuán hermosas! Flotan sus ricas almalafas y sus marlotas de colores, recamadas de oro y pedrería: brillan los collares de perlas y las arcaçadas de diamantes; sujetádo sus ricas colonias broches de amarillos topacios y de preciosas esmeraldas. Entre las damas se encuentra Aixa, reina dos veces por su rango y por su hermosura; entre las damas, aunque pertenece á los ángeles, se encuentra tambien la hermosa HURI.

Brillantes están los caballeros con sus marlotas y alcaiceles, sembrados de galantes motes; sus matizados capellares; sus bonetes rojos y azules; sus recamadas cinalafas; sus garzotas de pedrería y plumas de gayos colores. Entre los caballeros se encuentran Muley Albo Hazen rey de Granada; el zegrí Azarque, y el abencerraje Gazul.

Cansadas están las hermosas, y los mas galantes caballeros desmayan ante sus queridas al empezar pláticas de amor.

Llega el momento de la zambra; presentan las jóvenes sus cintas; Aixa las anuda, y despues las entrega á LA HURI.

— Cada dama coje la cinta que ha señalado de antemano; y cubriéndolas con una marlota, para que haya suerte en la eleccion, llegan á elejir los caballeros. Se apodera Azarque el primero de una hermosa cinta carmesí, otra carmesí toma Gazul, aunque es el último que elije. Apartan entonces la marlota, y deshacen el comun nudo, para que las cintas señalen qué parejas deben danzar.

— Zaida y Gazul presentan dos cintas carmesíes, unidas por mano de Aixa; Azarque presenta tambien una hermosa cinta carmesí, en todo igual á la de Zaida, pero sin lazo que la una. Selima, tan amante de Zaida como las flores del rocío y autora del amante fraude, presenta su doble cinta verde, que no ha cojido ningun móro, y ofrece una punta al zegrí, que la recibe con furor.

— ¿Porqué has presentado tres cintas? preguntó la reina á LA HURI, mal reprimiendo su furor.

— Por que son las de las tres sortijas que me dió esta tarde Gazul; respondió Zaida sin turbarse.

La reina dirijió una mirada á Azarque, que queria decir. «Quedarás vengado, hermano mio.»

Azarque respondió con otra que quería decir.
«Así lo espero.»

La zambra comenzó; danzó Azarque con la encantadora Selima, pero danzó mal, porque con Zaida danzaba el dichoso Gazul. ¡Cuán larga pareció la zambra al zegrí, y qué breve al abencerraje! Apenas la hubieron terminado tuvo fin la brillante fiesta.

IV.

En la mañana del día siguiente al que consagró Muley Hazen á celebrar el nacimiento de su inmediato sucesor, se encontraba la reina Aixa, en *El Tocador de la Reina*, esbelta torre del alcazar, ó en meditaciones absorta ó profundamente distraida. No se dirijian sus miradas á los cármenes del rio *Daura*, mas pintorescos y frondosos que los elevados pensiles de la soberbia Babilonia, ni á los jardines siempre verdes del májico Generalife: clavados sus ojos en la puerta del largo y estrecho corredor que á su aposento conducia, arqueaba las cejas muchas veces con mal reprimida impaciencia. Percibió al fin ruido de pasos, y momentos despues la reina vió con singular alegría, asomar al dintel la cabeza blanca y respetable de un anciano.

—Entra, Mahomed: dijo la reina, dirigiéndose al recién venido, y el anciano se adelantó haciendo tres inclinaciones, para quedar después de pie junto á la reina de Granada, que lo miraba con bondad, sentada en un divan de púrpura.

—Te he llamado, prosiguió la reina, para asunto muy importante.

—Señora, repuso Mahomed, soy el xequé de los gomeles, y mi tribu ha dado á sus reyes mas de una prueba de lealtad.

—Lo sé, Mahomed; y como prueba de que estimo en mucho tus servicios, he resuelto dar de mi mano un noble marido á tu hija.

—¿Su nombre señora? si es que su padre puede saberlo.

—¿No te basta que yo lo elija?

—En cualquiera ocasion, señora, me hubiera bastado, menos hoy.

—¿Por qué, Mahomed?

—Porque ahora mismo acabo de conceder á un noble la mano de mi hermosa Zaida.

—¿Su nombre, Mahomed quiero saberlo!

—Yo no tengo por qué callarlo. Se llama, señora.....

—¿Gazul?

—El hermano de Aben Amet, xequé de los abencerrajes.

Habia adivinado la reina el nombre del espo-

so que Mahomed habia destinado á su hija, y sin embargo al ver confirmada su pregunta sintió tal estremecimiento, que chocaron sus blancos dientes como los del tigre furioso ó el artero y sangriento chacal. Mahomed la contempló en silencio, admirándose del enojo que las miradas de la reina fieramente manifestaban, hasta que hizo Aixa un grande esfuerzo, y murmuró:

—Nunca se casará con él.

—Señora..... murmuró á su vez el noble xequé.

—Nunca se casará con él, porque la destino un esposo cien veces mas noble que Gazul.

—¿Mas noble que Gazul?

—Mas noble.

—La sangre de los abencerrajes reconoce igual difícilmente y no tolera superior.

—Mas noble que Gazul, repito.

—¿Quién será el esposo de mi hija?

—Un cuñado de Muley Albo Hazen.

—¿Un cuñado del rey?

—Un hermano de la reina Aixa.

—¿Un hermano vuestro, señora?

—Un hermano mio, ¿lo comprendes? El valiente Azarque el zegrí.

Sobrecojido quedó Mahomed con pretension tan imprevista, y guardó silencio largo rato antes de decir á la reina:

—No merezco tan grande honra.

—Así lo pide el moro Azarque, y así su hermana lo desea: repuso la reina con orgullo.

—Pero.... balbuceó Mahomed.

—¿Qué?

—Señora, tengo empeñada mi palabra.

—La retirarás.

—Un gomel no falta nunca á su palabra.

—Tu palabra no tiene fuerza contra las órdenes del rey.

—¿El rey lo manda?

—El rey lo manda.

—Hágase la voluntad del rey como si fuera la de Alá.

—Nada mas tengo que decirte; reservándome señalar yo misma el dia de la boda.

—Noble reina, tengo una gracia que pedir.

—Pide, anciano.

—El matrimonio de mi hija con Gazul, debia celebrarse de hoy en un año.

—¿Y qué pretendes?

—Que el matrimonio de mi hija con el moro Azarque no se celebre hasta de hoy en un año tambien.

—¿Y por qué tanta dilacion?

—Porque mi Zaida es una niña.

—De hoy en un año dijo la reina, será el matrimonio de Zaida.

Mahomed se inclinó otras tres veces antes de salir del *Tocador*.

V.

En un precioso gabinete de la casa mas suntuosa de la *calle de los gomeles*, casa que aun se conserva unida á la *Puerta de las Granadas*, estaban dos hermosas jóvenes, que era muy fácil conocer, por haberlas visto la tarde antes en el estrado de los reyes, y por la noche en el sarao que la reina Aíxa presidió. Tenian enlazados sus brazos, como las tórtolas enlazan sus alas de brillantes plumas y sus frescos tallos los rosales, y conversaban con la alegría de dos corazones juveniles.

—Cuántas cosas han sucedido en solas veinte y cuatro horas decia Zaida, que era una de ellas, á la encantadora Selima.

—Y no tienes de qué quejarte: respondia la niña riendo. Gazul te hizo ser ayer tarde la reina de todo el torneo; anoche jugamos al tremendo Azarque una pasada que no olvidará en muchos dias, y hoy ha concedido tu padre á Gazul, con mucho placer, tu hermosa mano.

—¡Qué feliz soy, amiga mia!

—¿Eres muy feliz?

—Muy feliz.

Diéronse las niñas mil besos en las mejil-

llas y los labios, prosiguiendo despues LA HURI.

—Amiga mia, cuánto deseo que vuelva mi padre.

—En verdad que me causa viva inquietud esa llamada de la reina.

—Querrá S. A. que me riña por la morisque-
ta de las cintas.

—¿Y te reñirá?

—Como acostumbra: dándome cincuenta mil besos.

—¡Cuánto nos aman nuestros padres!

—Cuánto los amamos nosotras.

—Pero nosotras....

—Solemos poner nuestro cariño en otros hom-
bres. ¿No es esto lo que quieres decir?

—Precisamente.

—Tambien ellos aman ó lloran á nuestras ma-
dres.

—Es verdad, Zaida; y segun ello se pueden
tener dos amores.

—Dos amores al mismo tiempo...

Muy lejos hubieran llevado su discusion las dos amigas, si abriéndose la puerta de improviso no hubiera penetrado en la estancia el noble y anciano Mahomed. Selima y Zaida se miraron, como si hubieran sido sorprendidas en la perpetracion de un crimen, y despues fijaron sus ojos en el semblante del anciano, que estaba pálido y muy triste.

—Qué tienes, padre mio, que tienes pregun-
to LA HURI; acariciando la blanca barba de su
padre.

—Pobre hija mia, pobre hija mia; murmuró
Mahomed tristemente.

—¡ Oh! tú estás pálido, pensativo, y tus lábios
murmuran frases, que no me dejas comprender.

¿Qué tienes, qué tienes, padre mio?

—Pobre hija mia, pobre hija mia.

—¿Te inspiro lástima?

—Sí, Zaida.

—Tú callas un grave secreto, que mucho inte-
resa á mi suerte, y es preciso que yo lo sepa.

—Ignóralo, mientras sea posible.

—¿Qué ha sucedido á Gazul?

—Nada.

—¿Está preso?

—No.

—¿Le han herido?

—Tiene una espada y un buen brazo.

—El secreto, por Alá; el secreto.

—Te daré la muerte.

—¿Y la duda no es una muerte mas cruel?

Clavó Zaida sus brillantes ojos en los abati-
dos de su padre y guardó silencio; Mahomed con-
templó un momento á su hija, y haciendo el
bruscó movimiento que pudiera hacer un enter-
rado vivo para echar lejos la pesada losa sepul-
cral, dijo con acento sombrío.

—¿Quieres saber, Zaida, el secreto?

Zaida, que saberlo anhelaba, se estremeció violentamente, y tuvo que reunir en un punto todas sus fuerzas y ansiedad, para murmurar tristemente.

—Quiero saberlo, padre mio.

—¿Conoces á la reina?

--Sí.

—¿Sabes el prestigio que ejerce sobre el rey de Granada?

--Sí.

—¿Sabes tambien que su voluntad es de hierro?

--Lo sé, padre mio.

--Pues bien: la reina.....

--¿Por qué te detienes?

--La reina.....

--Habla, por Alá.

—La reina Aixa acaba de pedirme tu mano.....

--¿Para quién?

--Para Azarque el zegrí.

Selima y Zaida al mismo tiempo lanzaron un ¡ay! doloroso, y Mahomed se cubrió los ojos para no ver las tristes lágrimas que el rostro bañaban de su hija.

—¿Casarme con Azarque? ¡Nunca! exclamó LA HURI sollozando.

--El rey lo manda: murmuró el anciano.

--Desprecio las órdenes de Muley Albo Hazen.

--No las obedezcas, hija mía; gritó el triste padre en un arrebató de ternura. Sé tú feliz y nada importa que corte el verdugo mi cabeza.

--¡No quiero, padre mio; no quiero! esclamó LA HURI desesperada, estrechando contra su pecho la blanca cabeza del anciano. Yo me casaré con Azarque y tú vivirás, padre mio.

--¡Zaida, Zaida, la muerte es breve, y dura mucho la desdicha. Déjame morir.

--No, no quiero.

--¿Y tu corazón?

--El sacrificio.....

Zaida no pudo proseguir: la puerta se abrió de par en par y apareció Gazul en ella. A su vista lanzó LA HURI un grito salido del alma, y arrastrando tras sí á Selima huyó sin plan y sin concierto á través de varias estancias.

VI.

Frente á frente quedaron Gazul y el anciano padre de Zaida: admirado el abencerraje, confuso y trémulo el gomel. La imaginacion de Gazul se perdía en vanas conjeturas, en tanto que la de Mahomed estaba fija en un objeto, tan aterrador como el cadalso para el reo que pisa sus gradas.

—He venido, dijo Gazul, á darte gracias, padre mio, por tus infinitas bondades.

El anciano no replicó y prosiguió el jóven:

—En vez del júbilo, que me enloquece, he encontrado en tu casa lágrimas, duelo y turbacion.

--Has encontrado mucha turbacion y mucho duelo; repuso Mahomed apartando las manos que cubrian su rostro.

—Sé que aunque anciano, padre mio, tienes un brazo vigoroso que sabe vengar las injurias.

—Mas de una ha vengado.

—Sé también, que eres el xequé de la tribu mas querida de Muley Albo Hazen, y una de las mas aguerridas de esta populosa ciudad.

—Los cristianos pueden contar las hazañas de los gomeles.

—Sé que te adoran los guerreros, y que seguirán todos tu enseña hasta perecer á su sombra.

—La han seguido mas de una vez.

—Pero aunque conozco todo esto, te ofrezco mi brazo, padre mio....

—Gazul.

—Bien sé que ningun caballero busca vengador mientras puede rejir un caballo y una lanza blandir con brazo vigoroso: sé tambien, que si necesita buscar vengadores los halla en su propia tribu, y que tendria á deshonor buscarlos fue-

ra: pero todas estas razones no militan, padre, contra mí. Yo soy tu hijo: mi tribu y la tuya se unirán con lazo fraternal, ambos guerreros serán hermanos y la tuya y la mía una familia.

—Calla, Gazul.

—Nuestros alfanjes....

—No se trata de combatir.

—¿Pues de qué se trata?

—De llorar.

—Los hombres no lloran.

—Los hombres tienen, por desgracia, corazón.

Con tono tan triste y solemne pronunció Mahomed estas palabras, que el abencerraje enmudeció, y clavó su mirada en el suelo, apartándola del anciano: este se adelantó hasta el joven, y estrechándole cariñosamente una mano, le dijo:

—Gazul, sé que tienes un extraordinario valor.

—Mi valor consiste, repuso, en no estimar mucho la vida.

—Pues reúne todo tu valor para escuchar una palabra.

—Habla, padre mio.

—Hace dos horas que me pidió tu noble hermano, para tí, la mano de mi amada hija.

—Y tuviste, padre mio, la dignacion de concedérmela.

—Una hora despues....

El anciano se interrumpió.

—Una hora despues: murmuró Gazul.

—Una hora despues la reina Aixa me pidió la mano de mi hija....

—¿Para su hermano Azarque?

—Sí.

—Pero como tú eres valiente, pundonoroso y caballero le responderías.....

—Le respondí, que acababa de concedértela.

—Bien, padre mio: nunca dudé de tu valor y tu lealtad.

—Pero la reina.....

—¿Qué?

—La reina desatendió mis reflexiones, y dijo que sobre mi palabra....

—No hay nada mas sagrado que ella.

—La voluntad de Muley Hazen.

—El rey no mandará....

—El rey manda que entregue la mano de mi hija al noble hermano de su esposa.

—¡Tambien él! exclamó Gazul. Y eso que tiene nuestra sangre.

—Las órdenes de Muley Hazen....

—¿No las acatas?

—Sí, Gazul.

—Y yo te juzgaba valiente, honrado, noble y generoso. Cómo me engañabas Mahomed.

—Ínsúltame: tú solo en el mundo tienes dere-

cho para hacerlo: pero sabe al menos que este anciano, poco generoso, poco noble, poco honrado, poco valiente, ha dicho á su hija: «Sé feliz, y venga el verdugo de Muley por la cabeza de un traidor.»

—Perdona, perdona, padre mio, mi ofensa y horrendo frenesí.

—Yo te compadezco y te perdono. Compadéceme tú tambien; compadece á mi pobre hija, y perdónanos valiente Gazul.

—Pero nunca ese casamiento se llevará á cabo.

—El rey lo manda.

—Qué me importa el rey. Si él tiene guardias yo tengo amigos mas valientes que sus soldados africanos; y, antes que perder á mi Zaida, haré yo solo que claudique el trono de Muley Hazen.

—¿Eso dice un abencerraje?

—Eso dice.

—¿Desde cuándo los abencerrajes no temen manchar sus blasones, con la negra barra de rebeldes?

—Desde que.... Pero no: estoy loco. Yo tengo un medio muy sencillo.

—¿De qué?

—De impedir ese enlace.

—¿Y ese medio?....

—Es retar á Azarque, y traspasarle el corazon.

- No lo harás, Gazul, no lo harás.
- Ahora mismo, dijo Gazul; queriendo salir de la estancia.
- Detente, joven; interrumpió Mahmed impidiéndole la salida.
- Se conoce bien que los años han helado la sangre en tus venas.
- Se conoce, Gazul, que la ira ha desvanecido tu razón.
- Podré estar loco, pero á alguno será muy fatal mi locura.
- No herirás á Azarque, porque tú no querrás dar fuego á la mina que ha de derribar tarde ó temprano los muros de nuestra ciudad.
- Daré, Mahomed, si es necesario fuego á esa mina, aunque yo mismo me abisme bajo sus escombros.
- ¿Y qué adelantarás?
- Que Azarque no sea el esposo de LA HURI.
- Atraerás sobre tu cabeza los rigores del soberano.
- La doblaré ante su cuchillo.
- ¡Oh Gazul! el plazo de un año es tan largo.
- ¿Qué decis?
- He pedido á la reina Aixa el mismo plazo que habia pedido una hora antes al abencerraje Aben Amet.
- Cuánto te debo, padre mio; dijo Gazul arrojándose á los pies del padre de Zaida.

—Mucho desearia que me debieras la felicidad de tu vida.

—Todo puede ser: murmuró, Gazul: y sin duda su pensamiento se remontaba á vastos planes, porque su mirada estaba fija en la bóveda de la estancia y aparecian todos sus miembros en completa inmovilidad.

Mahomed respetaba el silencio del jóven amante de su hija, y ocupado con pensamientos tan tristes y quizás tan amargos como los del valiente Gazul, aprovechaba aquella trégua, para luchar despues mas bravo en tan espantosa borrasca.

—Una palabra padre mio; una palabra y nada mas: dijo Gazul: interrumpiéndolo las meditaciones del anciano.

—Habla, Gazul: repuso Mahomed, ahogando un doliente suspiro.

—¿Me ama Zaida como me amaba?

—Te ama mas, Gazul: te ama tanto como Alá el grande á los creyentes, como los creyentes á las hurís de nuestro *edem*.

—¿Sería Zaida muy infeliz casándose con el moro Azarque?

—Moriria de dolor.

—No quiero saber mas.

Gazul guardó silencio algunos minutos, y tendiendo su diestra á Mahomed le dijo con sonoro acento.

—Dí á Zaida que la amaré siempre.

Besó la mano del gomel; dirigió una ansiosa mirada á la puerta que habia dado paso á LA HURI, y se alejó rápidamente.

VII.

Sobre el terreno que pisamos crecian tomillos, olorosa sabina, jaras y algunos almendros silvestres. El dia siguiente al de la entrevista de Gazul y el padre de la hermosa Zaida, una gran tropa de cautivos moros bereberes llegó á este lugar. La maleza desapareció por encanto; y sobre el suelo nivelado empezaron á abrir anchos fosos, anchos y profundos cimientos. La tatarabuela de mi abuela ocupaba la misma casa que ahora ocupó yo, y fué testigo presencial de cuanto refiero.

Todas las semanas venia á inspeccionar los continuos trabajos un moro de gran apostura, armado siempre de punta en blanco, y con la visera calada. Un solo escudero lo seguia.

El moro traia siempre consigo no pequeña cantidad de plata, y la distribuía á manos llenas entre los obreros, sin hacer la menor diferencia de bereberes y cristianos.

Se abrió el foso, como por encanto: abrióse el

cimiento lo mismo; y empezaron á crecer los muros, con la rapidez de los de Tebas.

Terminado el muro, empezaron á levantar los aposentos: hicieron puente levadizo, colocaron ferradas puertas; y un dia, antes de cumplirse el año, gimió el puente por primera vez, y las anchas puertas rechinaron sobre sus quicios de metal.

Una tropa de caballeros, ciento en número, que cabalgaban sobre poderosos palafrenes, y á la que seguian quinientos infantes armados de espadas picas y ballestas, penetró en el nuevo castillo, con el mayor orden y silencio. Las puertas quedaron abiertas, y el puente no se levantó; esto dió bastante en qué pensar á las gentes de la comarca.

Sobre la gran puerta del castillo no se veia escudo de armas, y sí el hueco que debia ocupar: esto dió mucho que decir.

En los campos y en las ciudades la gente es curiosa, lo que no saben lo adivinan, ó finjen al menos adivinarlo, y de aquí la murmuracion. Cuánto se murmuró, cuánto, cuánto; porque no habia escudo de armas sobre la puerta del castillo!



VIII.

Era de noche: los jardines del *Generalife* brillaban con mil faroles transparentes: numerosas músicas, ocultas en los bosquecillos de avellanos, de granados y de laureles, derramaban sus armonías; dulces como el blando trinar de los amorosos rruiseñores, de los matizados jilgueros. Esclavos, vestidos de fiesta, discurrían con bandejas de plata, cargadas de frutas y dulces; y en un cenador de jazmines, tapizado de fresco musgo, estaban Muley Albo Hazen, la reina Aixa, Azarque, Zaida, el anciano Mahomed, las mas hermosas sarracenas, y los mas nobles caballeros de la ciudad de las mil torres. En tan espléndido banquete y tan escogida reunion, solo echaban menos algunos á los jóvenes abencerrajes que habian justado un año antes bajo la conducta de Gazul; no estrañando faltara el último por ser pública su aficion á la hermosa reina de la fiesta.

Orgullosa estaba el moro Azarque, y podia estarlo con razon. Zaida, la perla de Granada; en una palabra LA HURI, iba á ser en breve su esposa; y llenando Azarque sus deseos se vengaba con un solo golpe de la fortuna de Gazul. Aixa rebosaba

contento, porque hacia feliz á su hermano y á un abencerraje humillaba: LA HURI, olvidandose enteramente de sus pasados juramentos, se acercaba al ara sin pena, ó la ocultaba hasta tal punto, que el anciano Mahomed no temia el sacrificio de su hija.

Solo Albo Hazen estaba triste; porque solo Albo Hazen sentia la ofensa hecha á un abencerraje; porque solo Albo Hazen temia la prepotencia de los zegríes; porque solo Albo Hazen amaba al noble y valiente Gazul.

Iba á comenzar una zambra: Azarque, sin competidor, podia bailarla con la Huri, y precisamente el moro Azarque tendia la mano á la que amaba.

De improviso un vallado de rosas se estremeció tan bruscamente, como las jaras y chaparros que corta á su paso el javalí, y trece guerreros, armados y con los alfanjes desnudos, entraron en el cenador. Nadie los conoció: sus rostros estaban esprofeso ocultos bajo sus brillantes viseras.

Hubo un momento de estupor. El que parecia comandar á huéspedes tan importunos se aprovechó de él, adelantándose resueltamente, y cogiendo la mano de Zaida, que ya iba á estrechar el moro Azarque, la atrajo hácia sí con violencia.

Al estupor siguió la cólera. Azarque y todos sus amigos se precipitaron, espada en mano, so-

bre el atrevido y su presa; pero se encontraron de repente con una muralla de hierro, formada por los compañeros del raptor, mientras este y Zaida huían veloces entre la espesura del jardín.

Se empeñó reñido combate. Los raptos, cubiertos de hierro, se retiraban pausadamente, sin recibir el menor daño y causando profundas heridas á los amigos del zegrí, que estaban en traje de fiesta.

Continuaron su retirada, defendiéndose y acometiendo, cuando apretados se veían; llegaron á un estrecho postigo, que dá al campo de la Escaramuza; fuera los estaban esperando doce ginetes, que tenían doce palafrenes de la brida. Los compañeros del raptor disminuyeron allí el frente: montaron unos á caballo mientras los otros defendían obstinadamente el terreno, y formando despues un círculo, para que entraran los de á pié y cómodamente cabalgaran, dieron cargas á sus enemigos, hasta que todos azotaron los hijares de sus corceles, quedándose Azarque y los suyos tramando planes de venganza.

IX.

Abundante sangre tiñó los capellares y marlotas de los amigos del zegrí en la fiesta del *Generalife*, la primera pero no la última que se deramó en las régias fiestas de Granada. A la madrugada siguiente la tatarabueta de mi abuela, y con ella todos los moros que cultivaban esta comarca, vieron llegar á este castillo un jóven de veinte y tres años, cabalgando sobre un obero, á cuya grupa conducia una jóvea de diez y siete; hermosa cómo el mismo amor. Pasaron el puente levadizo, atravesaron el umbral, y quedaron las puertas y puentes como las hallaron los viajeros que eran Zaida y el abencerraje Gazul.

Media hora despues la tatarabueta de mi abuela, y con ella todos los moros que cultivaban esta comarca, vieron llegar á este castillo doce caballeros armados, que oprimian los lomos de doce fogosos alazanes; seguidos de doce ginetes que sus escuderos parecian. Pasaron el puente unos y otros, que trás ellos se levantó, y atravesaron el dintel, cerrándose al punto las puertas. Los doce primeros ginetes eran los doce abencerrajes que justaron un año antes acaudillados por Gazul, los doce segundos, sus pajes.

Una hora despues de haberse alzado el puente y cerrado las puertas, apareció el ansiado escudo, tallado en duro pèdernal. Tres cintas, dos de ellas enlazadas y una suelta, venian á ser las armas del señor de la fortaleza y el emblema de una larga historia, y sobre las cintas se leian estos dos nombres: ZAIDA Y GAZUL.

Al ruido de instrumentos bélicos despertó pocos dias despues la tatarabuena de mi abuela, y con ella todos los moros que cultivaban esta comarca. Un ejército de seis mil ginetes é infantes, capitaneado por el fiero Azarque el zegrí, apareció por tres diversos puntos, y se dirigió á poner sitio al castillo que habitaban Zaida y Gazul.

Tres meses combatió el fiero Azarque sin descanso la fortaleza, y tres meses sus defensores, rechazaron al enemigo, sin perder fuerzas ni valor.

El adelantado de Andalucía, unido á los bravos maestros de Calatrava y de Santiago, entró en las tierras de Granada: Muley Albo Hazen convocó apresuradamente á sus guerreros, y Azarque, jurande una venganza, por mas pérfida mas segura, levantó el sitio y dió la vuelta para resistir al cristiano.

A los pocos dias Muley Hazen perdonó á Gazul y á sus amigos, que abandonando la fortaleza pasaron al ejército real para resistir al cristiano. Gazul se portó como siempre; fué el primero en

la acometida y el último en la retirada: los mas valientes paladines lo citaban como modelo, y á su vuelta el rey le manifestó su bondad.

Algunos años transcurrieron: las guerras civiles de Granada comenzaron al rojo fulgor de las llamas de Zahara cristiana y de Alhama, ciudad de los árabes. Los abencerrajes y zegríes, mas encarnizados que nunca, acaudillaban distintos bandos, y en las fiestas bajo las marlotas llevaban templados arneses.

Boabdil creció; su madre Aixa, repudiada por Albo Hazen, y los xeques de algunas tribus conspiraron contra el REY VIEJO, así llamaban al legítimo: y despues de diversos trances y encuentros reñidos el REY CHICO ocupó el trono de Alhamar.

Azarque habia dicho á su hermana, que Boabdil seria el vengador de la tribu de los zegríes. Entre los moros habia dervires que vaticinaban; quizá Azarque hablaba por boca de un dervis.

Muley Albo Hazen habia muerto; el Zagal, hermano de Albo Hazen, se habia puesto á sueldo de los reyes doña Isabel y don Fernando: la guerra entre castellanos y moros era mas cruda cada dia, y Boabdil reinaba en Granada sin freno y sin competidor. Una noche húmeda y sombría, noche de traiciones y engaños, Aben Amet, Gazul, y todos los caballeros abencerrajes, fueron convocados á la Alhambra de órden del REY

CHICO: valientes y á su soberano leales fueron acudiendo á la cita, acompañados de sus pajes, sin precaucion y sin sospecha. Entró el primero, y quedó su paje á las inmediaciones del palacio: ontró el segundo, tampoco el paje penetró en la morada real: Aben Amet entró el tercero, su hermano Gazul entró el cuarto. Cien abencerrajes entraron en aquel palacio, otras veces tan espléndido y ahora tan triste; todos sus pajes los esperaban á la puerta mas ninguno de ellos salia.

Un paje, mas afortunado y atrevido que los demás, logró burlar la vijilancia de los soldados africanos, que el réjio alcázar guarnecian, y penetró tras su señor. Muy corta fué su permanencia. Con los cabellos herizados, los ojos derramando lágrimas, ronco y afanoso el aliento, cruzó el dintel que poco antes habia atravesado con cautela, y arrastrando con sus ademanes á todos sus demás compañeros salieron gritando del alcázar y estendieron con sus clamores la alarma por toda la ciudad.

LA HURI oyó desde su aposento el público clamor: turbada pretendió informarse, mas la puerta de su estancia se abrió de golpe y Azarque se presentó en el umbral.

Zaida lanzó un grito á su vista, y despues de un lúgubre silencio, que Azarque no osaba interrumpir, preguntó con voz lastimera:

—¿En dónde está mi esposo?

—Señora, repuso Azarque, escúchame un solo momento, y sabras despues lo que anhelas.

—Respóndeme antes, por Alá ¿qué ha sido de Gazul?

—Señora; no tiene nada que temer: respondió Azarque con fria calma, y sus lábios se contrajeron con una terrible ironía.

Zaida respiró á estas palabras, que disminuian sus temores, y sentándose en un divan manifestó que estaba pronta á oir las razones del zegrí. Azarque fijó en la bella mora una penetrante mirada, y permaneciendo de pié, comenzó á decir de esta suerte.

—Entre las tribus nobles é indómitas que siguen la ley del profeta, se ha distinguido, desde muy antiguo, por su valor y su nobleza la indómita tribu zegrí. Tan constante en sus amistades como en sus ódios implacable, ha derramado muchas veces su sangre para defender los derechos de sus amigos, y ha tomado tambien venganzas, que te erizarian los cabellos si las oyeras referir. ¿Es esto cierto, Zaida?

—Es cierto: murmuró la mora amedrentada.

—Desde el primer año de la egira, hasta el que alcanzamos, los zegríes han contado muchos guerreros, tan formidables en la guerra como arrogantes en la paz. De xequé á xequé se ha trasmitido con la potestad la fiereza, y yo, el último y el mas

indigno de los patriarcas de mi raza, he sido temido y respetado como lo fueron los demás. ¿Es esto cierto, Zaida?

—Es cierto.

—Pasé mi infancia como algunos pasan su juventud, y fueron mis juguetes lanzas, espadas, cotas y armaduras, proporcionadas á las fuerzas que podia prometer mi edad. A los diez años manejaba con gran desenfado mi corcel, y á los trece teñí mi lanza en la sangre de los infieles. Entregado continuamente á los bélicos ejercicios, se fué haciendo mi corazon tan duro como mi coraza, y conté veinte y nueve años sin haber suspirado por una mujer ni haber sentido el tósigo ardiente del amor. Fronterizo de los cristianos, por así quererlo el monarca, pasé algunos años sin pisar la hermosa Granada ni su vega, hasta que vine á presenciar el enlace de mi noble hermana con el muerto rey Albo Hazen. Ví en la córte mancebos gallardos, mas conocidos de las damas que de los cristianos caballeros, y entre ellos ví uno, cuya fama habia llegado á mis oidos, por haber medido su lanza con caballeros y maestros. Este caballero era Gazul.

—Señor.....

—Escúchame, señora, que no tardaré en concluir. Entre las damas de la córte, ví muchas de notable belleza, sin que arrancaran un latido á mi corazon de soldado, hasta que una noche.....

—Calla, Azarque.

—¿La recuerdas?

—Si la recuerdo.

—Se presentó por primera vez una niña de quince años.....

—Calla por Alá.

—Tan hermosa; que el pueblo, en lenguaje oriental, empezó á llamarla LA HURI.

—Calla, Azarque.

—Señora, escucha. Mi corazón habia resistido hasta entonces los mas seductores halagos, y como roca combatida por las olas de hinchados mares, desafiaba sus rudos embates; contando siempre con su dureza diamantina. Pero la niña.....

—Calla.

—Oye. La niña con sus negros ojos, con su candor de quince años, con su sonrisa de inocente, hizo que la roca temblara, que perdiera su solidez, y que tornándose en esponja siguiera el liviano capricho de las ondas que la arrastraban. ¡Cuánto amor, Zaida, cuánto amor, brotó de mi alma en un instante! Parecia un torrente contenido en las entrañas de la tierra, que abre cáuce y se precipita: un volcan tan largo tiempo oculto que arroja de pronto sus llamas. ¡Cuánto amor, Zaida, cuánto amor.....

—Detente.

—¿Por qué?

—Porqué hablas á la esposa de Gazul.

—Esposa, murmuró Azarque con voz hueca, y lanzó una ronca carcajada.

—Soy la esposa de Gazul.

—Te oigo; escúchame hasta el fin mi historia. La niña finjió no comprender el incendio que en mí causaba, y pagó con tiernas miradas las miradas tiernas de un mancebo: este mancebo era Gazul. ¡Celos tuve entonces! ¿Tú comprendes lo que es tener celos? Veo que no. ¿Si tú hubieras visto á Gazul en brazos de otra.....

—No prosigas. Hubiera muerto de dolor.

—Yo no morí, Zaida, no morí; pero atesoré tanto ódio contra el amante afortunado, que su esplosion debia causar tantas desgracias....

—¡Azarque!

—Escúchame señora. Pasó un año; lo fuí contando dia por dia, hora por hora, minuto por minuto; y un año contado de este modo no es un año, es la eternidad. Boabdil vino al mundo. Albo Hazen quiso festejar su nacimiento, sin pensar que habia dado el ser á un encarnizado enemigo. Yo mismo dispuse las fiestas que debian darse en Bibarrambla, porque me cegaba mi orgullo y estaba seguro de triunfar. Vana esperanza. Corrí cañas y perdí en ellas la garzota. ¿Sabes tú quién me la arrancó?

—Gazul.

—Tienes buena memoria. Corrí sortijas. ¿Sabes tú, quien se llevó las tres?

—Mi esposo.

—Entonces solo era tu amante. Disputé con él la carrera. ¿Sabes quién la ganó?

—Gazul.

—Salió por fin de fiesta un toro. ¿Sabes quién lo mató?

—Gazul.

—Me ví cuatro veces vencido. Verse vencido por un hombre desespera, Zaida, desespera: verse vencido por un rival asesina, Zaida, asesina. Loco de amor y de vergüenza, en vez de vengarme asesinándolo, busqué una venganza pueril. Comprometiendo hasta el decoro de mi noble hermana, averigué cuál era el color de tu cinta para tener el necio orgullo de bailar contigo una zambra, de atormentar á mi rival. Te valiste de un piadoso fraude. ¿Con quién bailaste al fin la zambra?

—Con Gazul.

—Quise vencerlo una sola vez y me venció la quinta. Lanzado en tan oscura senda tropezaba á cada momento, y para lograr ser tu esposo hice que Muloy Albo Hazen me otorgara tu hermosa mano. Otro año esperé; tambien contando dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, es decir otra eternidad. El plazo se cumplió; resonaban los jardines del *Generalife* con

las delicadas armonías de cien acordes instrumentos; ibas á ser mi esposa, Zaida, cuando un guerrero apareció, acompañado de otros doce, y arrancándote de mis brazos, desapareció por ensalmo como un espíritu evocado. ¿Quién era aquel guerrero, quién?

—Era Gazul.

—Por la sexta vez me venció. Con el valimiento de la reina levanté una numerosa hueste, y me puse sobre su castillo. Reciamente lo combatí por espacio de tres meses, hasta que talando los cristianos las tierras del rey de Granada, me obligaron á alzar el cerco, para acudir á defenderlas. ¿Qué mujer habitaba el castillo?

—Yo.

—¿Qué capitán con tanto valor lo defendía?

—Gazul.

—Me venció por sétima vez. Siete veces he sido vencido, siete veces no mas en mi vida y siempre por el mismo Gazul. Juzga si atesoraría encono contra el dichoso abencerraje. Sin embargo yo rogué á Albo Hazen que lo perdonára y trajera á la ciudad de las mil torres, y hasta finjí que me olvidaba de los agravios recibidos.

—No los olvidaste.

—Nunca.

—Azarque: murmuró la Hurí con acento de horrible angustia; el moro prosiguió impasible.

—Transcurrieron años y años, pasados en guerras civiles y extranjeras al mismo tiempo. Dividido el reino, tomaron los abencerrajes la defensa de Muley Hazen y los zegríes nos declaramos por Boabdil. Tú sabes lo mismo que yo los varios trances de estas guerras y no me detendré á contártelos. Murió Albo Hazen.....

—Nunca muriera.

—Hizo bien en morir, señora. Murió Albo Hazen, y los zegríes contamos decididamente con el apoyo del monarca: con todo, los abencerrajes eran muy fuertes y ejercían cargos de muy grande importancia para humillarlos sin tomar las mas prudentes precauciones.

—¡Azarque!

—Escúchame, señora, que voy llegando al desenlace.

Zaida saltó de su divan y, colocándose de pié á dos pasos del fiero zegrí, queria llegar con sus miradas el pensamiento del moro: Azarque prosiguió con calma.

—Esta tarde varios mensajeros del rey de Granada, Boabdil, salieron á una misma hora del réjio palacio de la *Alhambra* y, derramándose por la ciudad, convocaron á los abencerrajes para una reunion en la *Alhambra*, por órden espresa del rey.

—Aquí vino un mensajero.

—¿Vino?

—Y citó á Gazul.

—Después de su hermano mayor era el más noble caballero de su tribu. ¿Y que respondió al mensajero?

—Que cumpliría religiosamente el precepto del soberano.

—¿Sin vacilar?

—Sin vacilar.

—Siempre el valor es confiado. ¿Y tú que dijiste á tu esposo?

—Una sola palabra, Azarque.

—¿Qué palabra fué?

—Desconfía.

—Siempre desconfía la mujer. ¿Y qué respondió tu esposo?

—Me besó en los labios.....

—¡Te besó en los labios! Gritó Azarque, brotando llamas por los ojos, celoso de aquel casto beso.

—Me besó en los labios, repitió Zaida, y salió de mi estancia.

—Hizo bien.

—¿Ese ronco acento?

—No es nada. Convocados los abencerrajes, se volvieron los mensajeros á la presencia de Boabdil, y le dieron cuenta de haber desempeñado fielmente su delicada comision. Llegó la noche, húmeda, oscura, tormentosa..... ¿La has visto Zaida?

—No la he visto, pero he oido desde aquí

bramar el huracan y el ronco trueno.

Azarque se acercó á una ventana, abrió las maderas, y un relámpago inundó de luz el aposento, siguiéndole el trueno de cerca. La mora se cubrió los ojos, el zegrí cerró las maderas, y prosiguió con voz tranquila.

—Pocas noches habrás visto, Zaida, mas á propósito para una espantosa traicion.

—¿En dónde está Gazul?

—Ya te he dicho, que nada tiene que temer.

—Pero, Azarque.....

—Escúchame, Zaida, un momento. ¿Tú conoces bien el palacio de la *Alhambra*?

—Sí lo conozco.

—¿Te acuerdas de una hermosa sala, situada á la derecha del gran *Patio de los Leones*?

—Perfectamente la recuerdo.

—¿Qué has visto en su centro?

—Una hermosa taza de mármol.

—Tienes, Zaida, buena memoria. ¿Recuerdas el nombre de la sala?

—No tiene ninguno, que yo sepa.

—En este momento tiene uno.

—¿Cuál?

—La Sala de los abencerrajes.

—Esplicame, por Alá.....

—Escucha.

La angustia de la hermosa Hurr crecía por momentos: sus lábios temblaban como hojas de

rosa ezotadas por recia lluvia, y brotaban lágrimas sus párpados, que se quemaban de repente en el fuego de sus pupilas. Azarque tembló al contemplarla y apartó un instante los ojos; pero avergonzándose luego de aquel momento de flaqueza, clavó su mirada en LA HUNI, y prosiguió tranquilamente.

—Una lámpara sepulcral alumbraba la hermosa sala, y á la inmediacion de la fuente se encontraban cuatro soldados de la guardia negra y un verdugo, armado de cortante alfanje.

—¡Azarque!

—¿No quieres saber?.....

—¡Prosigue, prosigue! gritó Zaida, lanzando un ahogado suspiro y retorciéndose las manos.

—Entró el primer abencerraje, y su paje quedó á la puerta. El nombre del abencerraje es Mahomed Aben Faraz.

—El tio de Gazul.

—Sí.

—Prosigue.

—Los cuatro soldados africanos se apoderaron de él; el verdugo levantó su alfanje.....

—¡Azarque, Azarque!

—Y sobre la taza de mármol cayó la cabeza de Mahomed.

—¡Que horror! gritó Zaida cubriéndose el bello rostro con los manos.

—¿Quieres que no siga?

—Prosigue, murmuró Zaida con angustia.

—Estás temblando.

—Ya no tiemblo: dijo LA HURI mostrándo el rostro, y lanzando á Azarque una mirada llena de orgulloso desden.

—Despues de Mahomed, prosiguió Azarque, no sin vacilar, entró Selin, uno de los doce mancebos, que acompañaron á tu esposo la noche del *Generalife*, y á poco rodó su cabeza, uniéndose á la de Mahomed.

Zaida no despegó sus lábios, Azarque prosiguió:

—Aben Amet se presentó en pos de Selin.....

LA HURI ahogó un ¡ay! continuándo en tanto el zegrí:

—La cabeza de Aben Amet rodó tambien.

—Ya lo esperaba.

—Mucho valor tienes.

—Las esposas de los nobles abencerrajes valen algo mas que los hombres de sus enemigos los zegríes.

Azarque se mordió los lábios, y prosiguió:

—Despues de Amet entró Gazul.

Una ancha lágrima se desprendió de la negra pupila de Zaida, rodó por su tersa mejilla, y fué á detenerse en sus lábios. Azarque-prosiguió:

—Gazul fué detenido, como los otros, por cuatro negros de la guardia.

Zaida estaba pálida y convulsa, Azarque prosiguió.

—Pero el verdugo no alzó su alfanje.....

—¡Piedad de él! exclamó Zaida arrodillándose.

—La esposa de un abencerraje no implora á un zegri de rodillas.

Zaida se alzó, como movida por un resorte, y dijo al moro con voz entrecortada y hueca:

—Ya estoy levantada : prosigue.

—Siguieron á Gazul, que sujeto por los africanos presenciaba el espectáculo sangriento, otros nobles abencerrajes; y el verdugo fué cercenando con brazo incansable sus cabezas: tantas en número, que la blanca taza de mármol las podía apenas contener, y la sangre formaba arroyos mas caudalosos que los que surcan nuestros encantados jardines. De improviso un sordo gemido resonó en las puertas del palacio, dado por un paje indiscreto que habia seguido á su señor, y logrado despues fugarse; los demás pajes lo repitieron, y cundió la alarma, que habrás oido, por los ámbitos de la ciudad.

—¿Y entre tanto Gazul qué hacia?

—Animaba á sus compañeros, para que murieran con valor. Con la alarma los abencerrajes que no habian pasado todavía el fatal umbral se retrajeron, el verdugo se quedó sin víctimas, y Gazul pudo derramar una lágrima sobre los mu-

tilados troncos de sus infelices compañeros.

—¿Y despues?

—Yo estaba celoso de Gazul. Me habia vencido tantas veces.

—En dónde está mi esposo, Azarque: dijo Zaida, buscando respuesta en la mirada del zegrí.

—No te he repetido dos veces que nada tiene que temer.

—Esplicate, Azarque: añadió Zaida animándose de repente.

Azarque vaciló un momento.

—Esplicate; yo te lo mando.

—Pues bien, Zaida, ya estás viuda.

Zaida no lanzó un solo ¡ay! pero cayó al punto desplomada, como si un rayo la hubiera herido: el moro la alzó, y embriagado por un amor loco y sangriento, estampó sus lábios en los labios que horas antes habia besado el infortunado Gazul. Un instante despues Azarque lanzaba una horrible blasfemia, arrojaba á Zaida en un divan, y abandonaba el aposento; porque habia estampado el zegrí sus ardientes lábios sobre los labios de una muerta. »

—Aquí acaba, añadió la anciana, la primera historia de estas ruinas.

—Triste ha sido la respondí.

—El moro Azarque era un mal hombre.

—Muy malo me parece, anciana. ¿Sabe V. algo de su fin?

—Ni una palabra, caballero.

—Sin duda lo tendría desastrado.

—¡Ay! caballero, de este mundo llevan los malos lo mejor.

Entonces creí que la buena anciana se engañaba lastimosamente, después he visto que juzgaba con sobradísima razón.

Me habían interesado mucho Gazul y su esposa, y quería conocer cuantos pormenores pudiera la anciana noticiarme; para conseguirlo recurrí á mis sempiternas preguntas.

—Sabe V. anciana, si Gazul dejó algun huérfano.

—Un hijo de dos ó tres años de edad.

—¿Y ese hijo?.....

—No sé una palabra de su historia.

—¿Pero tuvo algun descendiente?

—La noche adelanta, caballero, y reclama nuestra atención **EL CAPITAN DE CIEN LANZAS.**

—¿Que si mal no me acuerdo es la segunda historia de estas ruinas?

—Exactamente, caballero.

—Ya la espero.

—Voy á empezar.

La anciana se acercó mas á mí, como deseando que no perdiera ni una palabra de su historia, y empezó del modo siguiente.

EL CAPITAN DE CIEN LANZAS.

Despues de reñidos combates, de rēveses y de victorias, en las que rayó el heroismo de los caballeros cristianos y de algunos paladines moros tan alto como puede verlo en sus ensueños una ardiente imaginacion, entraron los reyes católicos, doña Isabel y don Fernando, en la fortaleza de la *Alhambra*; colocando una de las sillas de su vasto imperio sobre el trono que habían ocupado tantos reyes desde Alhamar hasta Boabdil. El REY CHICO, perdido el cetro, ni limpia ni entera la fama, se despidió con un suspiro de la ciudad de las mil torres, y fué á llorar en los desiertos con lágrimas de rey destronado, que muy amargas deben ser, la grandeza que habia perdido y poder real que habia gozado y usurpado.

Sujetos los moros de Granada á la dominacion gloriosa de Isabel I de Castilla y de su nieto Carlos V, tascaban el freno con ira, como los fogosos corceles de su pais nativo la Arabia; y rebelándose varias veces, por motivos mas ó menos justos, y algunas de ellas con pretextos que ni ingeniosos parecian, solo habian logrado perder

buena parte de sus privilegios, y sentir mas el férreo yugo de la temida inquisicion.

Cada tumulto, cada trama, cada rebelion, disminuia el número de los mahometanos; pereciendo muchos al filo de las toledanas tizonas, tan temibles en el combate, otros muchos sobre el cadalso, emigrando otros muchos mas á los africanos desiertos: olas humanas que, á manera de las de los mares, se sucedian con fatídica regularidad.

Reinaba Felipe II, príncipe temido y no amado, de quien tanto malo se ha dicho y se ha llamado tanto bueno: reinaba Felipe II, y empezaba el último tercio del siglo que le vió nacer. Los moriscos, así llamaban á los descendientes de los árabes, instigados por Aben Humeya y otros mahometanos ilustres, levantaron poco prudentes el estandarte de la rebelion contra el príncipe mas poderoso que la cristiandad tenia entonces. Para castigar tanta osadía, y al grito de guerra, cayeron los temibles tercios de Castilla sobre los rebeldes de Granada; y el noble y glorioso Bastardo, que debia eclipsar muy en breve las medias lunas otomanas; comenzó, venciendo á los moriscos, el aprendizaje de guerra; y tan feliz como su padre, hizo su primera campaña contra los sectarios de Mahoma.

En esta rebelion perdieron los moriscos de Andalucia cuanto les quedaba que perder: emi-

graron á Africa muchos; disemináronse por otras provincias un número considerable; y los que quedaron, sin traje propio, sin propia religion, sin idioma, y hasta sin nombre de familia, procuraban ocultar su origen, confundiéndose con los cristianos viejos, que los miraban con desden.

Dieron, al hacer la conquista, doña Isabel y don Fernando el señorío de este castillo y de gran parte de la comarca á un conde de antiguo solar, que lo poseyó largos años, transmitiéndolo á sus sucesores con sus añejos pergaminos.

En la rebelion de Aben Humeya se apoderaron los moriscos de esta formidable fortaleza, una de las últimas que perdieron; y reconquistada, su señor la entregó en tenencia á un hidalgo, que vino á la guerra con cien lanzas, y se habia distinguido en ella, por su bravura y su crueldad.

Temerario hasta la locura, corrió los mayores peligros, y hubiera perecido en ellos, sin la intervencion de un hermoso jóven, que de aventurero servia, y salvó la vida al hidalgo en una solemne ocasion.

Sancho, así el hidalgo se llamaba, nombrado alcaide del castillo, no se contentó con poner á cubierto de un golpe de mano tan importante fortaleza; sino que saliendo de ella, acompañado de sus gentes, de un negro esclavo que le

servia, y solo en muchas ocasiones, penetraba en lo mas fragoso de las sierras; y por fruto de sus correrias traia las reliquias miserables de la sofocada rebelion, y adornaba mas de una vez las almenas de su castillo con las palpitantes cabezas de los moriscos prisioneros.

Los labradores de esta comarca no estrañaban, aunque sí sentian, las expediciones que hacia el alcaide acompañado de los suyos; pero sí temblaban los conversos y se santiguaban los cristianos cuando confundiéndose al bramido del huracan y de los truenos y haciendo compás al granizo, oian en las altas horas de la noche el recio galope de un caballo; porque sabian que aquel caballo era el morcillo del alcaide: que el alcaide, montado en él, desafiaba el furor del cielo y la aspereza de la tierra: que al rayar el alba algun morisco cruzaria los mismos lugares, atado á la cola de aquel poderoso animal: que al dia siguiente su cabeza serviria de pasto á los cuervos en la mas alta almena del castillo: en una palabra, que SANCHO EL DIABLO, así llamaban al alcaide por sus escursiones nocturnas y su extraordinaria crueldad, cabalgando sobre un demonio que, siempre al galope, no resbalalaba en las rocas, no se fatigaba en las cuestas y pasaba á nado los rios, iba en busca de sus aventuras y de desventuras ajenas.

Despues de lo dicho seria inútil pintar cuánto

terror causaba la presencia de SANCHO EL DIABLO á los sencillos habitantes del fértil Valle de Lecrin. Baste decir que contaba un año de ser alcaide del castillo, y que todas las madres acallaban á sus chicuelos con solo pronunciar el nombre del formidable y fiero Sancho.

Pero dejando ahora el alcaide, dirijámonos á una alquería, cuyas huertas podemos desde aquí contemplar: precisamente en aquel llanito que se descubre entre los dos barrios de Veznar.»

La anciana me indicó con el dedo el paraje que describía, y que apenas podia distinguir á la suave luz de la luna: meditó, como si anudara el roto hilo de sus recuerdos, y prosiguió despues su historia.

II.

«En la alquería que he designado, llamada de *los Arrayanes*, por tener un coto de estos árboles; vivia un morisco, respetado no solamente de los moriscos sino tambien de los mas añajos cristianos. Motivos habia para ello. En primer lugar era el mas rico labrador de toda la comarca: en segundo, era el bienhechor de todos los necesitados: en tercer lugar era el mas noble: pues aunque llevaba solamente el modesto nombre de

Francisco, se llamó Malek en otro tiempo, y por las venas del labrador corria la sangre generosa de los nobles abencerrajes. »

—¿Era Francisco abencerraje? pregunté á la anciana con un júbilo que apenas me podia explicar.

—Era abencerraje, repuso la anciana: porque era nieto de Gazul, el que se casó con LA HURI.

No sé por qué esperaba yo esta aclaracion de la vieja, y sin embargo sentí inesplicable placer al hallarme otra vez en contacto con la familia de LA HURI. Encerré mi júbilo en el alma y la anciana continuó.

« Francisco contaba á la sazón sesenta y dos años, y tenia el aspecto de un patriarca. Barba blanca, blancos cabellos, ojos negros y reflexivos, nariz aguileña, largo rostro, morena tez, lábios ligeramente gruesos, y alta aunque encorvada estatura. Su carácter humano y dulce, su generosidad probada y su cultivado talento, le hacian el ídolo de cuantos tenian la dicha de acercársele, y era el oráculo del país. Debiendo añadir en su elogio, que aunque educado en la ley de Mahoma habia abrazado el cristianismo con buena voluntad y casádose con cristiana.

Dios habia colmado de bienes al afortunado Francisco, y al quitarle en sus altos juicios el mas precioso de todos ellos, quiso en cierto modo recompensarlo; pues su casta esposa murió

tres dias despues de haber dado á luz una preciosísima niña.

Mucho sintió el abencerraje la pérdida de lo que mas amaba en el mundo; pero no pudiendo repararla ni con oraciones ni con llanto, puso su esperanza y su cariño en el tierno y único fruto de aquellos honestos amores.

Creció la pequeña María, así la niña se llamaba, perpetuando el nombre de su madre, entre los brazos de Francisco; y cada dia de cumple años mostraba á los ojos de su padre un nuevo encanto, que estaba oculto al acabar el año anterior. Así fué creciendo María hasta cumplir los diez y siete, á cuya edad tenia el sobrenombre de LA ROSA DEL VALLE DE LEGRIN.

¿Y podía ninguna mujer merecer tan hermoso nombre mejor que la hija de Francisco? ninguna. Su pequeña boca tenia perlas por dentadura y por lábios fino coral: sus ojos, negros y rasgados, brillaban apenas bajo el velo de sus larguísimas pestañas: sus mejillas, de nieve y grana, tenian el suave terciopelo del arbelchigo de la sierra: su nariz correcta servia de estribo á sus cejas negras y arqueadas: su frente tersa era un cristal que deja leer el pensamiento: sus cabellos de ébano bruñido ya bajaban en largas trenzas, y ya en sueltos buqules flotaban: era su mano tan pequeña como la de una niña de diez años; breve era su pié, y su cintura el tallo

esbelto y delicado de LA ROSA DEL VALLE DE LECRIN.

Tan bondadosa como su padre y de una belleza singular, era el consuelo de los ancianos y el embeleso de los jóvenes; que la elojaban en sus cantares, sintiendo el fuego de sus ojos en el fondo del corazón.

Llegó la fiesta de San Juan, fiesta que moros y cristianos celebran con la misma fé, y en su víspera por la noche apareció el Valle de Lecrin brillante con sus luminarias; que reuniendo un gran foco de luz teñían de rojo el horizonte, y formaban sobre el ancho valle una espesa nube de humo, que apenas dejaba distinguir las estrellas del firmamento. LA ROSA DEL VALLE DE LECRIN celebraba al santo precursor, siendo la reina de un sarao, y *la alqueria de los Arrayanes*, mas brillante que todas las demás, derramaba torrentes de luz entre torrentes de armonía.

No tenía lugar el sarao bajo esculpidos artesones ni bóvedas de azul y oro; no pisaban las odaliscas ligeras alfombras de Bacza, ni blandas alfombras de Turquía: un emparrado de verdes tallos y medio sazoados frutos era la bóveda, y florido césped el pavimento de aquel salon, mas oriental por su campestre sencillez.

Las primeras horas de la noche alegremente transcurrieron; siguiéronse danzas á danzas, y aunque muy hermosas doncellas brindaban amor

en sus ojos á los mancebos mas gallardos, por muy dichosos se tenian los que tocaban una vez la pequeña y delicada mano de la reina de la funcion.

Francisco miraba estasiado la dulce prenda de su amor, que ya parecia una mariposa pronta á mezclar sus brillantes alas con los pétalos de una flor, y ya la rápida golondrina, que corre parejas con el viento como el africano corcel.

Sin embargo el abencerraje suspiraba de vez en cuando, y apartándose de los ancianos, sentados á su alrededor, se dirigió con paso trémulo á un bosquecillo de cipreses, distante apenas veinte pasos del rústico y brillante salon. En lo mas oculto del bosquecillo habia una especie de laberinto formado de rosales blancos, y en el interior del labrinto un templete de mármol negro; cuya cúpula, sostenida por ocho columnas tan delgadas, que podia abarcarlas un niño con sus pequeñas manecitas, estaba dispuesta de arte que daban entrada sus calados á los suaves rayos de la luna y esplendentes rayos del sol, resguardando de la intemperie una hermosa urna de alabastro, que bajo la cúpula se alzaba.

Al pié de esta preciosa urna se arrodilló el abencerraje y, reclinando su surcada frente sobre el pedestal, elevó su plegaria pia al Dios, que habia llamado á sí á la tierna esposa cuyos restos, siempre venerados y queridos, en aquel lugar reposaban.

Un hombre de elevada estatura, fornidos miembros, ojos casi verde esmeralda, rojos cabellos, barba áspera, ancha nariz, y gruesos lóbios, llevando sombrero chambergo, bombachos flamencos, tosca ropilla, colete y cinto de becerro, botas de montar, espada y daga, y en una ancha capa embozado, habia seguido paso á paso los vacilantes de Francisco; se habia parado á corta distancia del templete, y, con el chambergo en la mano, habia permanecido inmóvil durante la larga oracion del anciano padre de María.

Cuando hubo acabado Francisco y se levantó, la faz enjuta y el corazon lleno de lágrimas, el desconocido se cubrió, y desembozándose cerró el paso al descendiente de Gazul. No se turbó el abencerraje; pero por un movimiento instintivo, que no fué dueño de contener, hizo la señal de la cruz y retrocedió un corto trecho: el desconocido no dió muestra de estrañeza ni menos de enojo, y aproximándose á Francisco le dijo con tono solemne.

—Francisco, esta noche tienes sárao en tu *alqueria de los Arrayanes*.

—Así lo ha querido mi hija: repuso el anciano dulcemente.

—Embozado en esta ancha capa, y oculto detrás de un cesto de arrayanes, he visto danzar á tu hija.

—Es cierto que ha danzado.

—Y también es cierto, Francisco, que en el mentido paraíso de tus abuelos no ha habido HURI, ni en el cielo de los míos víjen tan hermosa como María.

—Todos dicen que es muy hermosa: dijo el anciano con orgullo.

—Y yo te digo que la quiero.

El anciano se estremeció, como la caña combatida por el huracán ó el torrente, y el desconocido prosiguió.

—Los caballeros de castillo no quitan el honor á las doncellas antes bien saben defenderlo. Te he dicho que quiero á María y vengo á pedirte su mano.

Francisco ahogó un hondo suspiro, y guardó profundo silencio: el desconocido prosiguió:

—¿No me respondes?

—Voy á responderte, dijo entonces el abencerraje, y antes quiero que penetres en esta rotonda.

Se adolantó el desconocido, lo condujo el anciano á la urna, y, dejándola entre los dos, añadió con calma y firmeza:

—¿Sabes de quién son las cenizas que encierra esta urna de alabastro?

—Si: son las cenizas de tu esposa, repuso su interlocutor.

—Juré á mi esposa, momentos antes de su muerte, hacer, aun perdiendo la vida, la felicidad de su hija. •

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que si María quiere ser tu esposa, lo será; pero si se niega, respetaré la resolución de mi hija.

—Te pido la mano de María.

—Te respondí lo que has oído.

—Mañana, á las doce de su noche, me encontrarás en este paraje, y en él me darás tu respuesta: dijo el adusto pretendiente, embozándose en su ancha capa, y sin esperar contestacion desapareció entre los rosales ó quizás se embutió en la tierra.

III.

Cuando volvió Francisco al emparrado, acababan de dar las doce, y los jóvenes de ambos sexos dejaron de improviso las danzas para bañar rostros y manos en la ancha taza de una fuente; pues en la víspera del Bautista tiene el agua entre otras virtudes, la de poner blanca la tez: y despues de bañar los rostros estrellaron huevos del dia en basijas de barro y cristal; pues tambien por virtud del santo, al dia siguiente cada

huevo amanece transformado en nave con mástiles, jarcias y velas (1).

El abencerraje seguía los movimientos de su hija, no con la mirada radiante que la había seguido en la danza, sino con una melancólica que profunda pena revelaba.

Los convidados á la fiesta se retiraron á la una, quedándose solo Francisco con sus criados y su hija. Un tanto fatigada Maria con el ejercicio del sarao, tenía la dulce languidez que siempre produce el cansancio, y tan cariñosa y tan bella estampó sus lábios de grana en las mejillas de su padre, dándole el beso de despedida, que no se atrevió el abencerraje á turbar la paz de LA ROSA, participándola la pretension que le habían hecho aquella noche.

Retirada María á su alcoba, se durmió al instante con el sueño apacible de la niñez; mientras que su padre, atormentado por lúgubres meditaciones, se volvía y revolvía en el lecho, temiendo la luz de la aurora, y contando cada minuto que abreviaba el plazo fatal.

Al rayar el alba el anciano saltó de su lecho, que de espinas había sido toda la noche; y queriendo dejar el peso de la duda que le abrumaba

(1) Estas costumbres y algunas otras que omitimos se guardan aun en la provincia de Granada.

se dirigió con paso lento al dormitorio de su hija.

Una ventana á medio abrir y resguardada por un cortinaje de jazmines, dejaba penetrar á medias la suave luz de la mañana: sobre un lecho como la nieve tranquilamente reposaba LA ROSA DEL VALLE DE LECRIN, y en su virginal abandono estaba mil veces mas hermosa. Nunca el *divino Rafael* tuvo tan hermoso modelo para sus célebres *Madonas*, nunca Murillo pudo dar á sus *Concepciones* rostros tan puros é ideales.

Apenas tocaba la almohada la fresca cabeza de la niña, y lijeramente tirada hácia atrás encontraba apoyo en el brazo izquierdo doblado; mientras que la mano derecha arrollaba la fina sábana, procurando cubrir con ella el albo seno de la virgen. Su aliento apenas ajitaba los frescos lábios de coral; las palpitations de su pecho eran tan blandas como el movimiento de una fuente, que brota entre menuda arena; y sus ojos apenas cerrados, dejaban escapar un destello de pura luz, como lo deja escapar la aurora en sus primeros rosicleres.

Francisco llegó de puntillas al borde del lecho de su hija; la contempló mas de una hora; se enjugó varias veces las lágrimas que se desprendian de sus ojos, y no pudiendo decidirse á turbar el tranquilo sueño de un ángel, se retiró rápidamente; queriendo alargar algunas horas la felicidad de María.

Aunque siempre amante y cariñosa, nunca LA ROSA DEL VALLE DE LECRIN habia prodigado á su padre tan amorosas atenciones como el dia siguiente al sarao; su saludo de la mañana fué mas gracioso que otras veces, sus besos mas apasionados, sus sonrisas mas seductoras. Cien veces pretendió Francisco manifestarla la peticion que la noche anterior le habian hecho, y cien veces retrocedió, como el médico que ha de quitar con una frase la esperanza á una desolada familia.

Sin apercibirse María de la tristeza y perplejidad de su padre, y sin atreverse el anciano á romper su desconsolador silencio, pasó todo el dia de San Juan: á las primeras horas de la noche estaba sentada la niña bajo el delicioso emparrado, rodeada de tiestos de albahaca, adornos y fragantes claveles. Francisco se acercó á su hija; tomó asiento en el mismo banco de piedra que ella ocupaba; miró al cielo repetidas veces y lanzó un profundo suspiro.

—¿Por qué suspiras padre mio? preguntó la niña al anciano.

El anciano guardó silencio, y volvió a preguntar María.

—¿Por qué suspiras padre mio?

—María, murmuró el triste padre: ¿amas á algun hombre?

—A tí solamente, padre mio: dijo Maria, pero

mintió. Durante la guerra habia amado al desconocido aventurero que salvó la vida al alcaide.

Las profundas arrugas que surcaban la frente del abencerraje se desvanecieron un tanto con la confesion de su hija, y prosiguió mas animado:

—Tengo que hacerte una propuesta; pero has de responderme, hija mia, sin violentarte en lo mas mínimo.

—¿Qué tienes que decirme, padre?

—Un hidalgo de antiguo solar y célebre por su valor, ha solicitado tu mano.

María escuchó con estrañeza las palabras del noble anciano y le preguntó sencillamente:

—¿Cómo se llama el antiguo hidalgo?

—SANCHO EL DIABLO.

La tierna María se cubrió los ojos con las manos, como si hubiera visto un fantasma, y guardó un profundo silencio: Francisco contempló á su hija algunos segundos no mas, y estrechando sus pequeñas manos con toda la ternura de un padre, la dijo:

—Comprendo muy bien, hija mia, tu doloroso abatimiento, y nada tienes que añadir: no serás la esposa de Sancho.

—Déjame pensarlo algunos dias: repuso la jóven.

—Tengo que darle la respuesta esta misma noche.

—Pues bien: dile que llevaré su nombre.

—¡María!

—¿No corre, padre, por sus venas sangre hidalga?

—Sí.

—¿No es valiente?

—Raya en frenesi su valor.

—¿Pues entonces por qué te admiras?

—Porqué tú has temblado otras veces al escuchar su odiado nombre; porque tú te cubriste el rostro.....

—Quise meditar, padre mio.

—Tú pretendes sacrificarte.

—¿Y para qué mi sacrificio?

—Porque temes que, si rehusas, tronará sobre mi cabeza la ira insana de SANCHO EL DIABLO.

—Estás engañado, padre mio.

—No temas por mí: bajo la nieve de mis canas hierve la sangre abencerraje.

—¿Bajo el ébano de mis cabellos no arde también la misma sangre?

—No permitiré tu sacrificio.

—¿Tendré yo misma que dar el sí á quien me pide por esposa?

—¡María!

—No hablemos mas de esto, padre mio: dí al alcaide Sancho, que puede señalar el dia de nuestra boda.

Todas las súplicas del anciano fueron inútiles; María permaneció firme en su empeño, conser-

vando tanta resolucion, que Francisco dudó un instante si la ambicion se habria apoderado del corazon de su hermosa hija.

A la media noche el anciano se dirigió al bosque de cipreses, cruzó el pequeño laberinto, y al penetrar en la rotonda encontró á Sancho reclinado sobre la losa del sepulcro.

—¿Me has esperado mucho, alcaide? preguntó Francisco.

—Una hora: repuso Sancho gravemente.

—Perdona.

—No has faltado á la cita: y si yo me he encontrado antes, culpa ha sido de mi impaciencia.

¿Qué respuesta me traes?

—Serás esposo de María.

—Gracias, anciano. ¿Y cuándo se efectuará la boda?

—Puedes señalar tú mismo el dia.

—Por mi gusto será al octavo; pero dí á María de mi parte que puede elejir el que le plazca.

—Así lo haré, Sancho. Hablemos ahora de otra cosa.

—Dí lo que quieras.

—Quizás sabrás, Sancho, que soy el labrador mas opulento de todo el Valle de Lecrin.

—He oido decir que eras el mas rico, pero no me cumplia averiguar la magnitud de tus riquezas.

—Yo te las diré finca por finca.

—Te suplico que no lo hagas.

—Comprendo tu delicadeza. Mis bienes, tales cuales son, deben pasar á mi hija única, y así creo poder ofrecerte la mitad de ellos como dote: pudiendo, si lo juzgas escaso, tomar la mitad que me reservo.

—Muy mal me conoces, anciano. Soy bastante rico para mí y para mi esposa: conserva los bienes que hasta hoy has poseído, y si necesitas mas toma la parte que creas necesaria de los del esposo de tu hija.

—Todo me sobra y.....

—Basta, Francisco: **SANCHO EL DIABLO** no ha sido nunca codicioso.

—Haré lo que te plazca, Sancho.

—¿Tienes algo mas qué decirme?

—Ni una palabra mas.

—Anciano, te acompañaré hasta tu alquería.

—Quiero antes orar.

—Oremos juntos.

El abencerraje y **SANCHO EL DIABLO** se arrodillaron ante la tumba, y desde el fondo de sus almas dirijieron al Hacedor sus suspiros y sus plegarias. Hasta que Francisco se alzó, estuvo de rodillas Sancho; y cuando se despidieron á la puerta de *la alquería de los Arrayanes*, estaba prendado Francisco de la hidalguía de **SANCHO EL DIABLO**.

IV.

Transcurrieron los ocho dias, y la hija del abencerraje conformándose con el plazo que habia señalado el mismo Sancho, unió para siempre su suerte á la del hidalgo temido. Celebróse la ceremonia en la capilla del castillo; en ella todo fué solemne, y los testigos muy contados. El capellan bendijo á los novios; el abencerraje fué el padrino; y tres cristianos, distinguidos por sus nombres y sus hazañas, atestiguaron la validez del matrimonio; que presenció mudo é inmóvil, como una estatua de azabache, el negro esclavo del esposo.

A la ceremonia religiosa siguió un espléndido banquete: cuanto el gusto de aquella época pudo inventar se encontró en él, pero reinó el mismo silencio que en las nupciales bendiciones; asistiendo las mismas personas que habian concurrido á la capilla.

Terminado el nupcial banquete, estampó Francisco sus lábios en la pura frente de María, y echándola su bendicion se volvió á su rústico albergue: bendijo el capellan tambien á los des-

posados en nombre del Dios de la misericordia se retiraron los testigos, y LA ROSA DEL VALLE DE LECRIN quedó sola con SANCHO EL DIABLO.

Comenzaron á pasar dias: Francisco subia todos ellos al castillo, cuyos escombros pisamos con planta indiferente; María bajaba pocas veces á la morada de su padre.

Los habitantes de esta comarca pretendian en vano saber, si la hija del abencerraje era feliz ó desgraciada. Francisco decia lo primero, el pálido rostro de María aseguraba lo segundo. Quién tenia razon era un arcano para todos, tan impenetrable como el castillo de Gazul.

Transcurrió así cerca de un año. Una tarde los moradores de estas alquerias vieron llegar un jóven de veinte y dos años, de noble y varonil presencia, que seguido de dos criados y sobre un fogoso tordo árabe se adelantaba hácia el castillo. Llegó á él el gallardo viajero, pasó el puente, cruzó el umbral, y como arena que se hunde en la inmensidad del Océano, quedó sumergido el viajero en el castillo misterioso.

Un mes despues de su llegada y en una calorosa siesta, que siempre lo son las de julio, salió del castillo SANCHO EL DIABLO sobre su caballo morecillo, y con la rapidez de un cómete, bajó cuestas, cruzó barrancos, hasta llegar á la alqueria del abencerraje Francisco.

:

Salió el anciano al encuentro; y el alcaide, sin reposar, le dijo con voz sosegada.

—Tengo que pedirte un favor.

—Manda Sancho: repuso el viejo.

—Necesito, que vengas conmigo al castillo.

—Haré que me ensillen un caballo.

—Mi corcel puede con los dos.

—¿Tienes tanta prisa?

—Mucho urge.

—¿Está mi hija enferma?

—Bien sabes, que de algunos días á esta parte ha recobrado su belleza, su alegre aspecto y su salud. Te aseguro que está muy buena; pero monta pronto, porque no hay tiempo que perder.

Francisco cabalgó á las ancas del morcillo de SANCHO EL DIABLO, y el caballo salió al escape; jugando con su doble carga, como si llevara una pluma. Corrió con suma rapidez, hasta que llegando á una cañada poco distante del castillo, encontraron á Sabilú, así se llamaba el esclavo, y á un pajecito castellano. Saltó Sancho de su corcel, hizo lo mismo el noble anciano, y dando las riendas al paje, se dirigió al foso el alcaide acompañado de Francisco, precedido por Sabilú.

Llegados al foso, ató el negro una firme escala de cuerda, bajó por ella, la atirantó, y al instante Sancho y Francisco la bajaron con rapidez. Sin vacilar, los tres entraron por una poterna, recorrieron varios húmedos pasadizos, y subieron

muchos escalones, hasta llegar á un aposento con bastante gusto alhajado.

Ofreció el alcaide un sitio al noble padre de su esposa, se sentó en otro, y con voz breve dijo á Sabilú, que de pié y á corta distancia lo contemplaba atentamente:

— Comienza, Sabilú, tu historia.

Sabilú se inclinó con respeto, y comenzó de esta manera:

«Mi rostro dice que he nacido bajo el sol ardiente del Africa, precisamente en un país rico en cuentos y tradiciones: muchos pudieran referir, pero me reduciré á uno, que oí contar en mi tierna infancia.

«El rey de Espelí, gran señor entre los reyes de la tierra, tenia numerosos vasallos en sus dilatados dominios. Alalú, es el nombre del rey, gobernaba bien sus estados; mas nunca faltan descontentos, y reuniéndose en no pequeño número se pusieron en rebelion. Súpolo Alalú, y al momento dió sus órdenes para ahogarla, nombrando valientes caudillos y muchos soldados aprontando. Un magnate llamado Lulí, jóven de tiernos veinte años, quiso tomar parte en la lucha; y como su falta de esperiencia no le permitia tener mando, para no rebajar su clase, ocultó su nombre y combatió como soldado aventurero.

«Lulí era bravo como el tigre, y se distinguió

en las batallas; pero su corazón de niño se inflamó de amor á la vista de una muchacha seductora, llamada Balila. Lulí la requirió de amores: ocultando su gerarquía, y Balila se enamoró de la apostura del doncel. Tuvieron varias entrevistas, pero terminada la guerra, llamó Alalú al joven magnate, para darle una comisión en otra provincia sublevada, y sin despedirse de Balila se fué á la corte de Alalú.

«Al comenzarse la campaña, tomó afición el joven Lulí á un capitán llamado Sazulí; capitán que se distinguía por su temerario valor. Se prestaron mútuos servicios en varios trances apurados, como compañeros de armas, pero en uno el bravo Lulí salvó la vida del capitán con grave riesgo de la suya. Desde entonces miró Sazulí al joven magnate como á un Dios.

«Lulí poseía ricos estados en varias provincias de Espelí, y nombró gobernador de uno, enclavado precisamente en la provincia teatro de la reciente guerra, al temerario capitán.

«Era Sazulí de alma fiera, pero á pesar de su fiera era capaz de mucho amor. Una tarde, tarde fatal, vió por su desgracia á Balila, y sin saber que en otro tiempo había amado al noble magnate, la entregó mano y corazón.

«Lulí cumplió perfectamente la comisión del soberano, y vuelto de ella, quiso ver á su buen amigo Sazulí y tal vez renovar amores con la her-

mosísima Balila. Llegó, pues, al fuerte castillo, que su amigo Sazulí ocupaba, y la primera persona que vió fué á la interesante Balila. En aquel momento el capitán se hallaba fuera del castillo, y Balila contó á Lulí su desgraciado matrimonio.

«El capitán tenía un esclavo de mi mismo nombre, y Sabilú oyó todo cuanto dijeron el jóven magnate y Balila. Celoso el esclavo de la honra de su bienhechor y su dueño espíó los pasos de Balila, hasta sorprenderla una tarde entre los brazos de Lulí. El crimen era manifiesto, Sabilú no debía callarlo, y lo notició á su señor.

«No quería dar crédito Sazulí á las palabras del esclavo, hasta que el mismo presenció, oculto en su propio gabinete, lo que el fiel Sabilú había visto. Con los lábios brotando sangre, y los ojos brotando fuego tiró Sazulí de la vaina su agudo puñal, para traspasar á los adúlteros; mas deteniéndose de pronto pensó que no podía traspasar su mano el corazón del hombre, que le había salvado la vida. Púsose entonces á buscar medio de lavar la mancha de su honor, sin cometer ingratitud, hasta que encontró uno ingenioso.

«Comunicó el medio á su esclavo, el cual consistía en prender fuego á la pólvora del castillo, para perecer al mismo tiempo con su esposa y el seductor.

—Basta, Sabilú: dijo Sancho, y á una señal de su señor salió el esclavo de la estancia.

Durante la historia, Francisco se habia estremecido varias veces; y viéndose solo con Sancho le dijo, con voz estrecortada.

—Esplicáme, Sancho, esa historia.

SANCHO EL DIABLO se acercó al muro; tocó con el dedo un resorte, que descubrió una claraboya; aplicó en seguida el ojo derecho; miró durante algunos segundos, y, los labios brotando sangre, dijo al anciano que mirara.

Obedeció el abencerrajé, y vió el gran salon del castillo. Sobre un divan de rico brocado estaba sentada María; en el mismo divan el mancebo, que un mes antes se habia presentado, estaba tendido muellemente, y su cabeza reposaba sobre el albo seno de la jóven.

Francisco quiso dar un grito, pero la voz faltó á su garganta, se desvaneció su cabeza, y cayó á tierra sin sentido. Sabilú, por órden del alcáide, levantó en sus robustos brazos al desdichado abencerraje, y lo sacó del aposento.

Cuando Francisco abrió los ojos, se encontró á unos quinientos pasos del castillo, rodeado del negro Sabilú; y del jóven paje de Sancho que tenia aun al fiero caballo de la brida. Se incorporó el abencerraje, reunió con triste lentitud sus penosísimos recuerdos, y se adelantó con planta trémula hácia el fatídico castillo. Sa-

bilú se adelantó también para detener al anciano, pero no tuvo que afanarse; pues en el mismo instante Francisco vió bambolearse muros y torres, y saltar en informes pedazos la obra de su antepasado Gazul, al sordo ruido de una horrible detonación.

Lanzó el anciano un hondo grito, como si un agudo puñal le traspasara las entrañas, y de nuevo perdió el sentido; Sabilú cabalgó en el tordillo, montó al pajecito á las ancas, y saliendo á escape tendido desapareció de la comarca.

Vuelto en sí Francisco, se encontró completamente rodeado de un gran número de labradores que socorros le prodigaban; pero el triste padre solo veía aquellas ruinas humeantes, que encerraban todo su bien.

El solo llegó hasta las ruinas, cuyas frecuentes detonaciones alejaban á los curiosos, y sin otro auxilio que sus manos, quería levantar moles inmensas; y, porque lograrlo no podía, se hería el pecho repetidas veces y los cabellos se mesaba.

Pasadas las detonaciones, se acercaron los labradores, provistos de picos y azadas; pero tres ó cuatro mil brazos, ocupados durante varios días, solo consiguieron arrancar cadáveres despedazados de aquel inflamado sepulcro.

No sabiendo los labradores el motivo de aquella catástrofe, creyeron explicarla, tejiendo una espantosa historia. Decían en ella, que Sancho había

hecho pacto con el Diablo, el cual le habia servido bajo la apariencia de un negro; y que cumplido aquel, Sabilú habia puesto fuego al castillo, para marcharse con su presa.

No sobrevivió mucho el anciano al trájico fin de su hija; y momentos antes de espirar contó todo lo que sabia, delante de muchos testigos; pero no logró su narracion cambiar las hablillas, que habian surjido, y hasta ha conservado este paraje el nombre de LAS RUINAS DE SANCHO EL DIABLO.

EPILOGO.

Acabó la anciana su historia, contàndomela sílaba por sílaba como se la contó su abuela, y añadió despues de una pausa, como comentario ó moraleja.

— Dos lecciones dan las historias de LAS RUINAS DE SANCHO EL DIABLO: es la primera, que cuando una esposa prescinde de sus mas sagrados deberes debe acontecer una catástrofe; y la segunda, que si por amor se edifica tambien se destruye por amor: como lo prueban en esta his-

toria, el abencerraje Gazul, que levantó en un año el castillo, y SANCHO EL DIABLO, que lo destruyó en un minuto.

—Todas las historias, repuse, dan lugar á muchas moralejas, y de esta podria deducirse una muy triste á la verdad.

—¿Quiere V. decírmela?

—Al momento. De lo sucedido resulta, que siempre da muerte el amor.

Pareció la anciana convencida, y, despues de mútuas ofertas, ella se dirigió á su albergue, y yo, que hasta entonces no habia notado ser la media noche cumplida, me encaminé rápidamente en busca de mi alojamiento.

Cuando llegué á él todos dormian: mi deber era hacer lo mismo, y juro á Dios que lo cumplí. A las nueve de la mañana reposaba yo con el sueño de la niñez y la inocencia; sueño que de improviso huyó al sacudimiento de mi cama. Sentéme en ella, y no dudando que debia causar su oscilacion un terremoto, empecé á gritar ¡Jesus, Jesus! Mas ¡ó ofuscacion de los sentidos! La mano del Omnipotente, que mueve los mundos á su antojo, no estremecia mi pobre lecho: era la mano de un amigo la que interrumpia mi sopor.

Al escuchar mi exclamacion, soltó una recia carcajada, y yo tuve que contentarme con decirle: «Muy buenos dias.»

—Como se conoce, me dijo, que has pasado la noche en vela.

—¿La noche en vela? murmuré dudando si soñaba aun.

—Todo se sabe, amigo mio. Anoche ni tu ni Margarita concurristeis á la reunion, y como os quereis.... No digo mas. El crédito de la viuda anda á los piés de los caballos.

Iba á responder á mi amigo, cuando me entraron dos billetes, abrí uno de ellos y leí.

«Se ha portado V. como esperaba. Una jaqueca dolorosa me impidió asistir á la reunion, y V. no quiso incomodarse en venir á mi alojamiento. Una noche entera á mi lado hubiera sido insostenible para un hombre que solo anhela estar al lado de Elisita. Obséquela V. cuanto guste, que no turbará sus amores ni un solo instante.

Margarita.»

Entregué á mi amigo este billete, y abrí el otro, mas lacónico y terminante. Decia:

«Suplico á V. encarecidamente, que tenga la condescendencia de no hablarme más en su vida.

E.»

Este billete, como he dicho, era mas lacónico y por lo mismo mas terminante : bien se conocia en su redaccion la inesperienza de la edad. Margarita, mujer de mundo, no me quitaba ningun medio de reconciliacion. Elisa me quitaba el mas poderoso, la palabra. ¡ Pobre inocente ! Estoy seguro, que si ahora tiene algun amante no lo tratará como á mí. Veinte y siete años, por desgracia, distan once de diez y seis.

Entregué á mi amigo tambien esta segunda despedida, y tomádo una actitud teatral, le dije con solemne acento:

—He perdido mis dos amadas en un dia: esta desgracia es espantosa. Por el contesto de estas cartas te convencerás de que no ví anoche á la encantadora Margarita: lloraré sus dobles desprecios, pero te ruego que vindiques la reputacion de la viuda.

Estas palabras solamente dije á mi amigo; porque la historia de LAS RUINAS DE SANCHO EL DIABLO la reservé para contarla á mis lectores.



